

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 971.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en París.

## SUMARIO.

M. de Remusat; grabado. — Gravelotte. — Mapa de las in-  
mediaciones de Metz; grabado. — Poesía: A una flor. —  
Un aspecto del bosque, por Karl Bodmer; grabado. — Una  
sesión del Consejo municipal de la villa de París, en la  
sala del Trono, en el Sena-  
do; grabado. — Revista de  
París. — La Commune an-  
te la Justicia. — Primer  
sesión del tercer Consejo  
de Guerra permanente en  
Versalles, en la sala del Pi-  
cadero; grabado. — Bernabé  
Rudge, novela escrita en  
inglés por Carlos Dickens.  
— Concurso general: So-  
lemne distribución de pre-  
mios en 1871; grabados. —  
¿Qué hará de ello? novela  
escrita por sir Edward  
Lytton Bulwer. — Juegos  
nacionales de Suiza; gra-  
bado.

cos que mas contribuyeron á que se votara la ley de  
1834 contra las asociaciones.

En 1840 fué ministro del interior, en el gobierno de  
M. Thiers. Vuelto á la oposicion con la caída del minis-  
terio, tomó gran parte en los años siguientes en la  
famosa cuestion de las incompatibilidades parlamen-  
tarias. En los últimos dias de la monarquía, fué lla-  
mado por M. Thiers al ministerio que intentó formar

el rey Luis Felipe, haciendo una tardía concesion á la  
política reformista.

M. de Remusat ha pasado veinte años sin haber  
tomado una parte activa en los acontecimientos. El nue-  
vo ministro de Negocios extranjeros, pertenece como  
publicista á la escuela de filosofía, cuyo jefe era Vic-  
tor Cousin. Ha escrito durante largo tiempo en la  
*Revue des Deux Mondes*. Si no le falta el estudio á  
M. de Remusat, tampoco  
debe faltarle la experien-  
cia; pues con efecto, el su-  
cesor de M. Jules Favre  
cuenta en el día, 74 años.

X.

## Gravelotte.

Gracias á las obras par-  
ciales de los historiadores,  
á las explicaciones oficiales  
de los generales y á las re-  
velaciones de testigos ocu-  
lares, podemos ahora for-  
marnos una idea exacta de  
la campaña de 1870-71.  
Cierto es que aun no se ha  
dicho todo; mas, sin em-  
bargo, ya se va despren-  
diendo la verdad de ese con-  
junto de memorias, mono-  
grafías y estudios espe-  
ciales.

Entre los trabajos mas  
concienzudos sobre la últi-  
ma guerra, debemos citar  
la obra de M. F. Delaunay,  
cuyas primeras entregas  
tenemos á la vista, las cua-  
les nos demuestran que se  
trata de un libro claro y  
preciso, no improvisado  
como la mayor parte de  
los de su género, sino es-  
tudiado sobre los docu-  
mentos y aun sobre los  
campos de batalla.

En prueba de ello, va-  
mos á reproducir aquí la  
relacion de la célebre bata-  
lla de Gravelotte, tan in-



M. de Remusat, ministro de Negocios extranjeros.

## M. de Remusat

MINISTRO DE NEGOCIOS

EXTRANJEROS.

La dimision de M. Jules  
Favre, ha dado entrada en  
el ministerio francés á  
M. Carlos de Remusat, uno  
de los mas antiguos amigos  
de M. Thiers.

Conocido es el pasado de  
M. de Remusat. Llamado á  
la política activa por sus  
relaciones con Lafayette y  
Casimiro Perier, apoyó la  
política liberal del centro  
izquierdo, aunque procuró  
poner ciertos límites á la  
práctica del liberalismo. Es  
uno de los hombres políti-



tempestivamente conocida. ¡Qué ejército el de Metz y que prodigios habría podido realizar con otros jefes! La lectura de este capítulo nos demuestra que hay derrotas ante las cuales se inclinan los vencedores.

Pero dejemos la palabra á M. F. Delaunay.

« La batalla del 16 no se consideró en el campamento alemán como una acción decisiva. Preciso era, pues, tentar de nuevo la fuerza de las armas, y con este objeto se concentraron el 17 todas cuantas tropas se hallaban á mano (1). La guardia y el 12º cuerpo llegaron aquel mismo día á Mars-la-Tour y se establecieron al

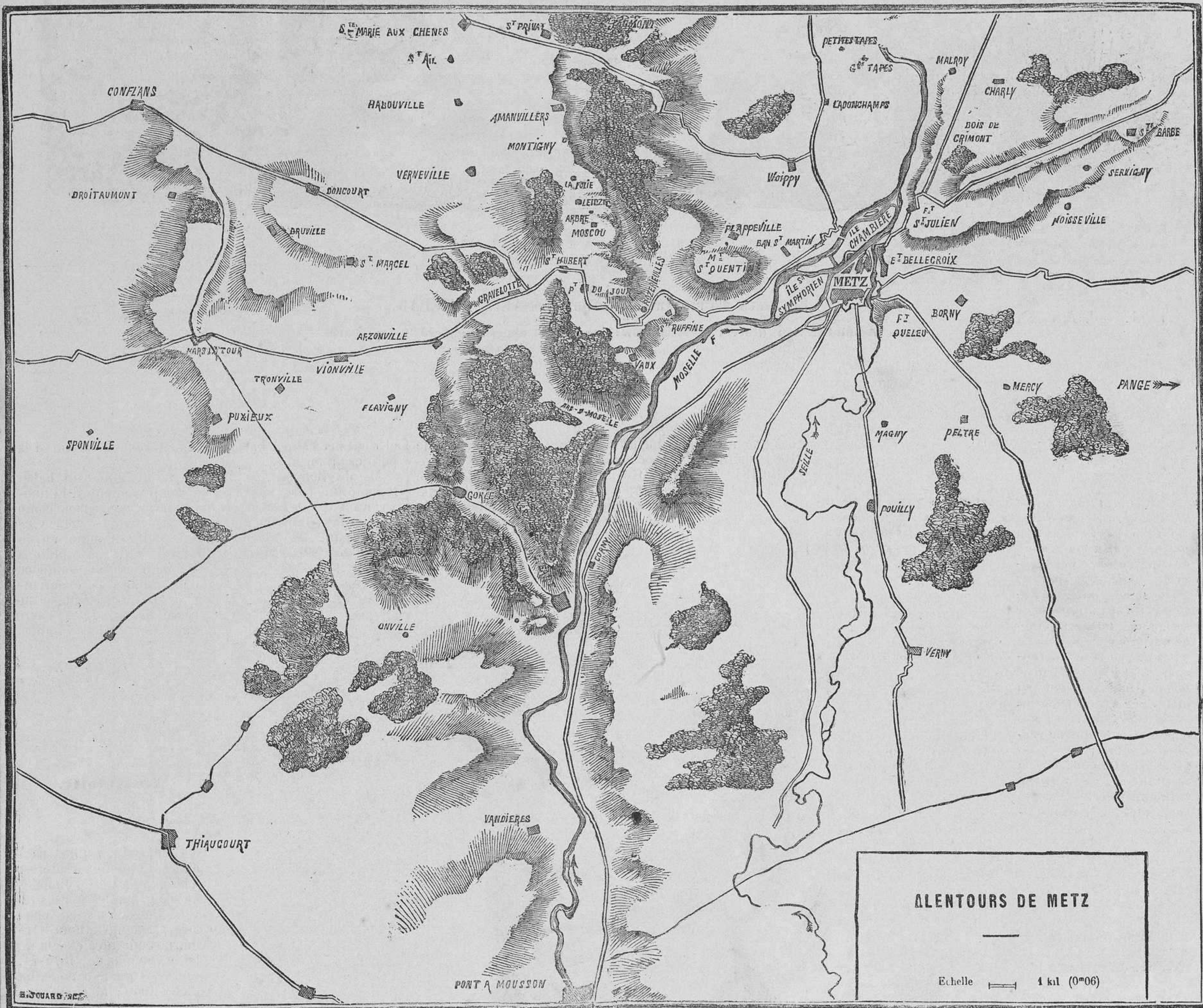
Sur de esta aldea (1). » En la tarde del siguiente día entró en línea el 2º cuerpo, de modo que los confederados disponían de 250,000 hombres. Bazaine no tenía más que 130,000.

Al amanecer abandonaba el mariscal la altura de Gravelotte y preparaba su ejército de Rozerieulles á Saint-Privat-la-Montaigne, en una serie de alturas que dominan el valle del Mosela y que corren del Norte al Sur. Las tropas recibieron orden de fortificarse en estas posiciones y de mantenerse en ellas todo el tiempo posible (2). » El 2º cuerpo (general Frossard), al extremo izquierdo abrió algunas trincheras de abrigo; estando además bien protegido por el hondo barranco del Mance, arroyo que baja de los cerros de Amanvilliers al Mosela por los bosques de Vaux. A la derecha de este cuerpo, el 3º (mariscal Le Bœuf) se extendía de Moscou á Montigny; á su frente bajaban las abruptas cuestas del

barranco, dejándole mas expuesto á los ataques del enemigo. El 4º cuerpo (general-Ladmirault), guarnecía las alturas de Amanvilliers hasta Saint-Privat, alturas que se inclinan suavemente hasta las aldeas de Habouville y Saint-Ail, en donde estaban nuestras avanzadas. El 6º cuerpo (mariscal Canrobert), ocupaba á nuestro extrema derecha la altura de Saint-Privat y Roncourt, pasando del camino de Briey y apoyándose en los bosques de Jaumont. La guardia imperial y la reserva de artillería se establecieron á Plappeville, cerca del monte de Saint-Quintin. Entre Rozerieulles y Roncourt median 12 kilómetros.

Hé aquí la apreciación de los alemanes sobre nuestras posiciones:

« El simple exámen de un mapa no deja duda alguna sobre la fuerza de las posiciones que había elegido el mariscal Bazaine. Su izquierda, protegida por los fuer-



tes Saint-Quintin y Saint-Privat (2) domina todo el valle del Mosela. Su línea de batalla se extendía siguiendo las crestas hasta mas allá de Saint-Privat-La-Montaigne. Ocupa las altas posiciones de Point-du-Jour, Moscou, Leipzig, Montigny-la-Grange. Sus aproches están defendidos por un arroyo profundamente encajonado, que se opone al paso de las grandes masas, excepto en dos puntos, el primero al Norte, entre los bosques de la Cusse y de los Genivaux por la aldea de Verneville; y el

segundo en la reunión de los dos caminos de Verdun, entre los dos bosques en Genivaux y en Vaux. Este último paso es menos fácil, á causa del obstáculo que presenta el caserío de Saint-Hubert. Por lo tanto, solo á la derecha pueden pasar masas imponentes, y aun las incomoda un arroyo que entra en el Orne, y detrás del cual están las aldeas de Habouville, Saint-Ail y Sainte-Marie-aux-Chenes. Por fuerte que sea esta posición, tiene sin embargo, dos grandes defectos. Primeramente, su punto mas importante (Saint-Privat-Amanvilliers) está adelantado y cerca de bosques espesos y en parte acciden-

tados, que hacen casi imposibles los movimientos de reservas á retaguardia. Es, pues, muy difícil de reforzar un punto amenazado (1), y en todo el campo de batalla tienen que bastarse á sí mismas las tropas que combaten. En segundo lugar, los franceses no tienen mas línea de retirada que Metz (2), y para no ser arrojados dentro de la plaza, deben vencer, vencer definitivamente, si no quieren quedar cortados de toda comunicación con el resto de la Francia (3). »

(1) 7º y 8º cuerpo del 1º ejército, 3º, 9º y 10º del segundo ejército, sin contar varias divisiones de caballería.

(2) El fuerte Saint-Privat, que debía formar parte del sistema general de defensa de Metz, apenas había salido de tierra y nunca estuvo armado.

(1) La guerra en derredor de Metz, obra atribuida al estado mayor de Federico Carlos.

(2) Parte sumario de Bazaine.

(1) Esta dificultad fué una de las causas que nos hicieron perder á Saint-Privat.

(2) Observación justísima, que prueba que Bazaine estaba dominado por la idea de volver á Metz.

(3) La guerra en derredor de Metz.



En realidad la posición no era fuerte sino á nuestra izquierda y en una parte del centro, allí donde el frente estaba cubierto por el barranco del Mance. De Montigny á Roncourt, las cuevas entre el llano y las alturas debilitaban mucho nuestras ventajas; y el obstáculo de los bosques que entorpecían el movimiento de las reservas, unido á la disposición de la planicie, cuyas cuevas por el lado del Mosela son escarpadas, nos ponían en la necesidad de combatir en un terreno desigual, teniendo á la espalda verdaderos precipicios.

Un poco detrás de esta línea había otra serie de posiciones que al parecer ofrecían ventajas superiores y menos inconvenientes. Comienza en el ban Saint-Martin, atraviesa la planicie de Plappeville, sigue la orilla oriental del arroyo el Chatel, cuyo curso es un tanto oblicuo al del Mance, y se prolonga por detrás de los bosques y de Saint-Privat hasta Jaumont y Boncourt (4). Dispuesto el ejército sobre esos puntos, tenía asegurada su izquierda por el Saint-Quintin y el fuerte de Plappeville contra todo movimiento de flanco del enemigo, y no estaba expuesto á los ataques que se intentaron por la parte de Vaux y de Sainte-Ruffine, ataques que inmovilizaron á la guardia imperial. El cáuce encajonado del Chatel protegía nuestro frente, tan bien al menos como las desiguales alturas que bordean el Mance. La seguridad que nos daba el apoyo del Saint-Quintin, el espacio mas corto de Plappeville á Jaumont (8 kilómetros) que teníamos que ocupar, nos permitía desguarnecer sin peligro la izquierda, reforzar el centro, extender la derecha y posesionarnos bien del camino de Briey.

La elección de las posiciones que hizo Bazaine no fué tan feliz como se ha supuesto; pero seguramente no hizo aquella elección inspirado por estudios anteriores y por preparativos ejecutados anticipadamente sobre el terreno. La suposición de que al ocupar aquellos puntos el mariscal realizaba un plan discutido y calculado, es de todo punto imaginaria. Sin embargo, los alemanes han sostenido. Los alemanes dicen (2) que « los caseríos y aldeas que formaban las principales posiciones se pusieron en el mejor estado de defensa y se reunieron con trincheras. Se cortaron árboles para obstruir los bosques, y se establecieron baterías de posición en diversos puntos. La acumulación tan rápida de tantas obras de defensa, permite dudar que bastara para levantarlas el día 17. Posible es que se comenzaran algunos días antes, lo que nos autorizaria á poner en tela de juicio la intención oficialmente expresada de retirarse á Verdun. »

Sin embargo, preciso será que se convenzan nuestros enemigos; todos los testimonios concuerdan en demostrar que el día del 17 bastó para ejecutar aquellas obras de defensa, cuyo número é importancia han exagerado mucho los alemanes. Es inverosímil que los franceses pensarán en preparar un campo de batalla en la orilla izquierda del Mosela, esto es, en la orilla opuesta á aquella en que se podía esperar al enemigo; ¿ se ignora en fin la confusión, el tumulto que reinaron en Metz del 10 al 15 de agosto, para afirmar que en aquel período se pensara en fortificar posiciones, que además era imposible considerar como teatro de una próxima lucha? Es notorio que en Fröschwiller, en Forbach, en Borny y en Rezonville hemos sido siempre sorprendidos por el ataque de nuestro adversario; y á menos que no se quieran presentar esas sorpresas como un cálculo por nuestra parte, lo que sería el colmo del absurdo, es contrario á la lógica y á la verdad el decir que preparáramos el campo de batalla del 18, porque eso implica que habíamos previsto las fases y los incidentes de la campaña.

Como es costumbre, el rey de Prusia tomó el mando nominal de los siete cuerpos concentrados en las inmediaciones de Mars-la-Tour, siendo así que en realidad, quien dirigía los movimientos era M. de Moltke, y quien aseguraba su ejecución el príncipe Federico Carlos. Los 7º y 8º cuerpos que vimos desembocar de los bosques en la tarde del 16, sobre el campo de batalla de Rezonville, á la altura de Gravelotte, formaban el ala derecha de los confederados, y se establecieron de Gravelotte á Vaux en una línea paralela al camino. El 9º cuerpo se extendía por el centro, de Gravelotte en dirección á la espalda de Verneville. Los 3º y 4º cuerpo, que habían sufrido mucho el 16, se quedaron de reserva (3). » Las tropas intactas, esto es, el 12º cuerpo y la guardia real, partían de Mars-la-Tour y marchaban por el camino de Briey hasta Sainte-Marie-aux-Chenes, tratando de reunirse y de flanquear el ala derecha del ejército francés, cuyas posiciones, aparentemente, no conocía bien el enemigo. Estos dos cuerpos no debían empeñarse á fondo sino hacia el fin de la jornada y para decidir la batalla. Como tenían que andar tres leguas y media, dieron orden al cuerpo del ala derecha y del centro, de no combatir al pronto sino con la artillería, hasta que los cuerpos de la izquierda entrasen en línea y los alemanes pudiesen emprender su esfuerzo simultáneo sobre todos los puntos.

Ignoramos cuáles eran en verdad las intenciones y esperanzas del estado mayor enemigo. Refiriéndonos al único documento importante y semi-oficial que poseemos (1), los confederados se proponían principalmente sobrearnos á la derecha para arrojarnos sobre Metz.

Es un resultado demasiado modesto, si se considera que los alemanes tenían fuerzas inmensas, casi dobles de las nuestras. Claro es que obtenido aquel resultado, dejaba allí delante al ejército francés, que, al abrigo de la fortaleza, se reanimaba y le obligaba á hacer nuevos esfuerzos. De aquí se sigue que la toma de Saint-Privat, el desbordamiento de nuestra derecha y la posesión del camino de Briey, no podían tenerse por las condiciones de un triunfo verdadero. La victoria de los alemanes debía consistir en atravesar nuestras líneas de la izquierda, detrás de Saint-Hubert y de Point-du-Jour, á fin de aislarnos de Metz. Un día ú otro convendrán en ello, si la lógica se hace superior á la vanidad. Lo que además lo prueba sin réplica, son sus reiterados esfuerzos, sus desesperadas tentativas sobre nuestra izquierda, las masas formidables (cerca de 400,000 hombres que allí acumularon (2). Los 3º y 2º cuerpo francos (apenas 60,000 hombres), contra los cuales se estrellaron la obstinación y la fuerza del enemigo, se cubrieron de gloria; el 2º principalmente tomó una noble revancha al descalabro de Forbach. Dejaremos, pues, á los alemanes que se extasien sobre el admirable movimiento de conversión de su ejército, sobre el orden y rapidez con que se ejecutó; pero no lograrán nunca hacernos olvidar que, si triunfaron á su izquierda, lo que sin duda deseaban, fracasaron á su derecha, lo cual debió contrariar mucho sus planes y no constituye en su favor mas que una victoria á medias.

En toda la mañana del 18, el ejército francés, impasible, vió desfilar á su frente en lontananza los batallones enemigos. A eso de las doce se rompió el fuego en toda la línea, desde Gravelotte hasta Verneville y Saint-Ail. Estos dos puntos, ocupados por nuestras avanzadas, quedaron en manos de los alemanes. El enemigo estableció en Gravelotte una inmensa batería de 80 á 400 piezas, y mas tarde otras dos bastante semejantes emprendieron el fuego contra nuestras posiciones, desde Verneville á Saint-Ail. Su tiro lento, regular, preciso, sus proyectiles de cohetes percutantes no consiguen intimidar á nuestras tropas, que permanecen firmes, heroicas, bajo aquella terrible lluvia de metralla.

F. D.

## Poesía.

## Á UNA FLOR.

Pobre flor descolorida,  
¿Quién tu aroma marchitando  
Robó tu ilusión querida,  
De tu cáliz arrancando  
El germen de nueva vida?

¡Ay! tu vida marchitaron,  
Y sin piedá á tu dolor  
De tu cáliz te arrancaron  
Porque era dulce tu olor.  
¡Pobre flor!

Era una flor que alegre en la pradera  
Se alzaba ufana con la frente erguida,  
Flor que en la flor estaba de su vida  
Arrullada por blanda primavera,  
Respetada por fiero vendabal.

Era una flor que respirando amores  
Con aromas el viento embalsamaba,

(1) La guerra en derredor de Metz.

(2) Aquí aparece otro poderoso argumento en favor de las posiciones indicadas detrás de las que ocupábamos. Si nuestra izquierda se hubiese apoyado en la planicie de Plappeville y en el Saint-Quintin, es seguro que nuestras tropas se habrían hallado en mejores condiciones que aquellas en que se encontraban en Rozerieulles; es seguro que nos extendíamos hasta mas allá de Roncourt, lo que aumentaba la dificultad de flanquearnos; y es seguro, en fin, que podíamos ocupar mas fuertemente á Saint-Privat, y que las reservas inmovilizadas en Plappeville se hacían disponibles para reforzar nuestras líneas en los puntos amenazados.

Y ajena siempre á amargos sinsabores  
Con dicha y con placer solo soñaba,  
Dicha y placer á su ilusión cabal.

¡Cuán pronto de tu ilusión  
Desapareció el fulgor,  
Punzando tu corazón  
Una espina de dolor,  
Pobre flor!

De ternura cántigas placenteras  
Bella la brisa murmuró á tu oído,  
De desgracia las trovas lastimeras  
Nunca hasta tí elevaron su zumbido.  
¡Por Dios, que imagen de mis sueños eras!

Ora apagada tu ilusión encuentras,  
La brisa no te arrulla con dulzura,  
Ni amor ni aroma tienes y lamentas  
De pasados recuerdos la ternura.  
¡Por Dios, que imagen de mi amor te ostentas!

Pobre flor descolorida  
Sin aromas, sin olor,  
Antes imagen de mi vida,  
Hoy imagen de mi amor.

Deja derrame mi llanto  
Sobre tu tierno capullo,  
Ya que de fatal quebranto  
También te mece el arrullo.

A mis lágrimas mezcla tus congojas...  
¡Pudiese de mi párpado abrasada  
Desprenderse una lágrima y tus hojas  
Cobrar lozanas su ilusión pasada!

Marchitada, entristecida,  
Sin luz, aroma ni olor,  
Eras en tu blanco albor  
Retrato ayer de mi vida,  
Imagen hoy de mi amor.  
¡Pobre flor!...

VICTOR BALAGUER.

## Un aspecto del bosque,

POR KARL BODMER.

Echemos una ojeada á esas dos mujeres que caminan trabajosamente bajo el peso de su carga de leña. Acaban de hacer su cosecha cotidiana de residuos que encuentran en el bosque.

Hornigas previsoras, se apresuran á recoger cuanto hallan á mano. Por mas que el sol se sonría, no las engaña; saben muy bien que vendrá el invierno con la nieve, con el hielo y ese cierzo tan frío que corta la cara.

Y por esta razón se apresuran, y así se ve tanta gente á la orilla de los bosques.

Este año particularmente, la cosecha será buena, gracias á la guerra.

¿No se necesitaba leña para las faginas, para las estacas, y para las hogueras de los campamentos? Se han cortado árboles en grande, como lo prueban los ramares menudos que yacen en el suelo.

Esta es la cosecha del pobre, esta es la leña que aprovechan las dos mujeres que aparecen en nuestra lámina.

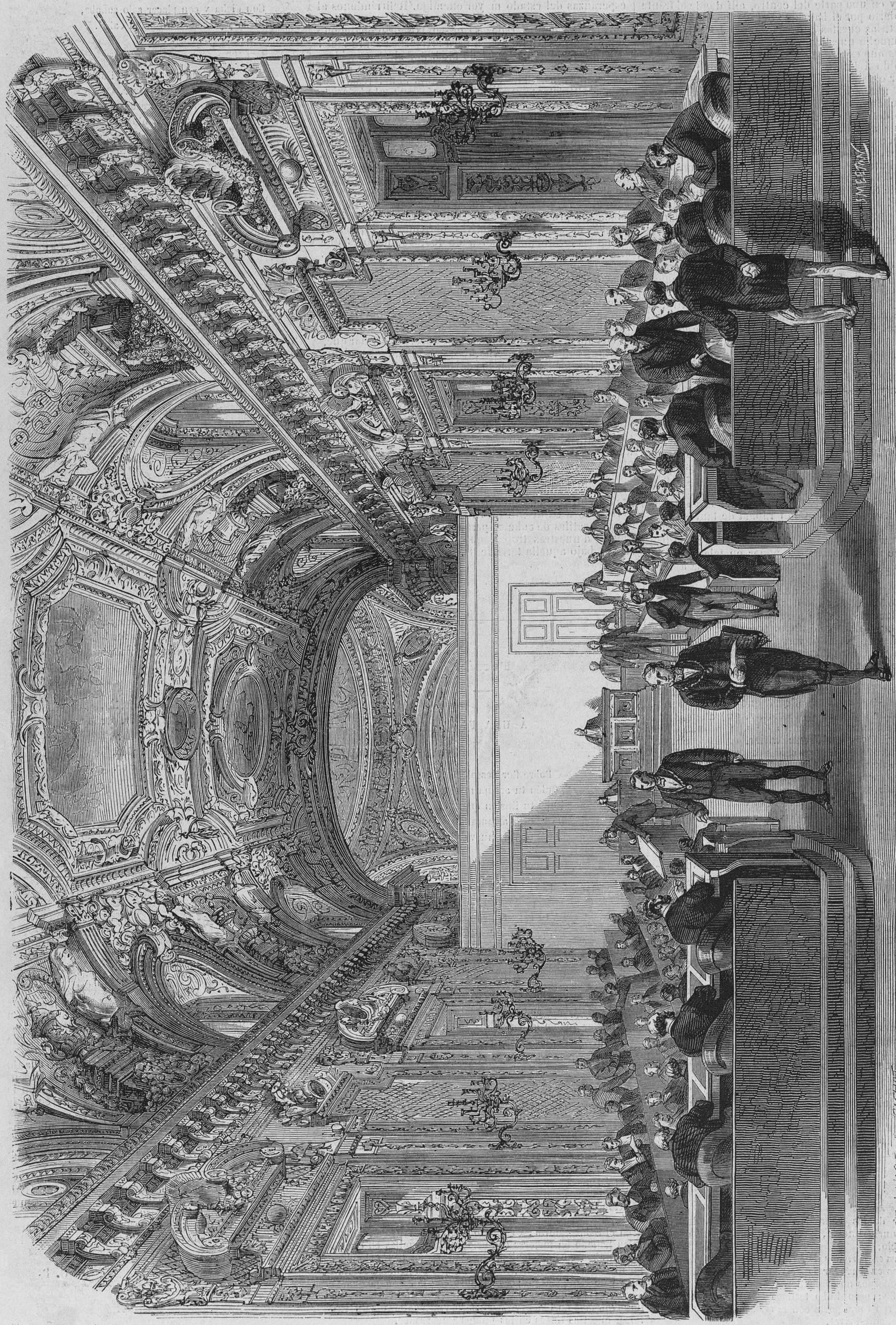
C. P.

(4) El autor de los *Vencidos de Metz* estudia y describe esta línea minuciosamente, y con la competencia de un hombre del oficio.

(2) La guerra en derredor de Metz.

(3) La guerra en derredor de Metz. Suponen los alemanes que estos dos cuerpos no combatieron, que solo combatió la artillería del 3º; pero hubo testigos oculares que afirman que el 10º cuerpo tomó parte con la guardia en los últimos ataques contra Saint-Privat.

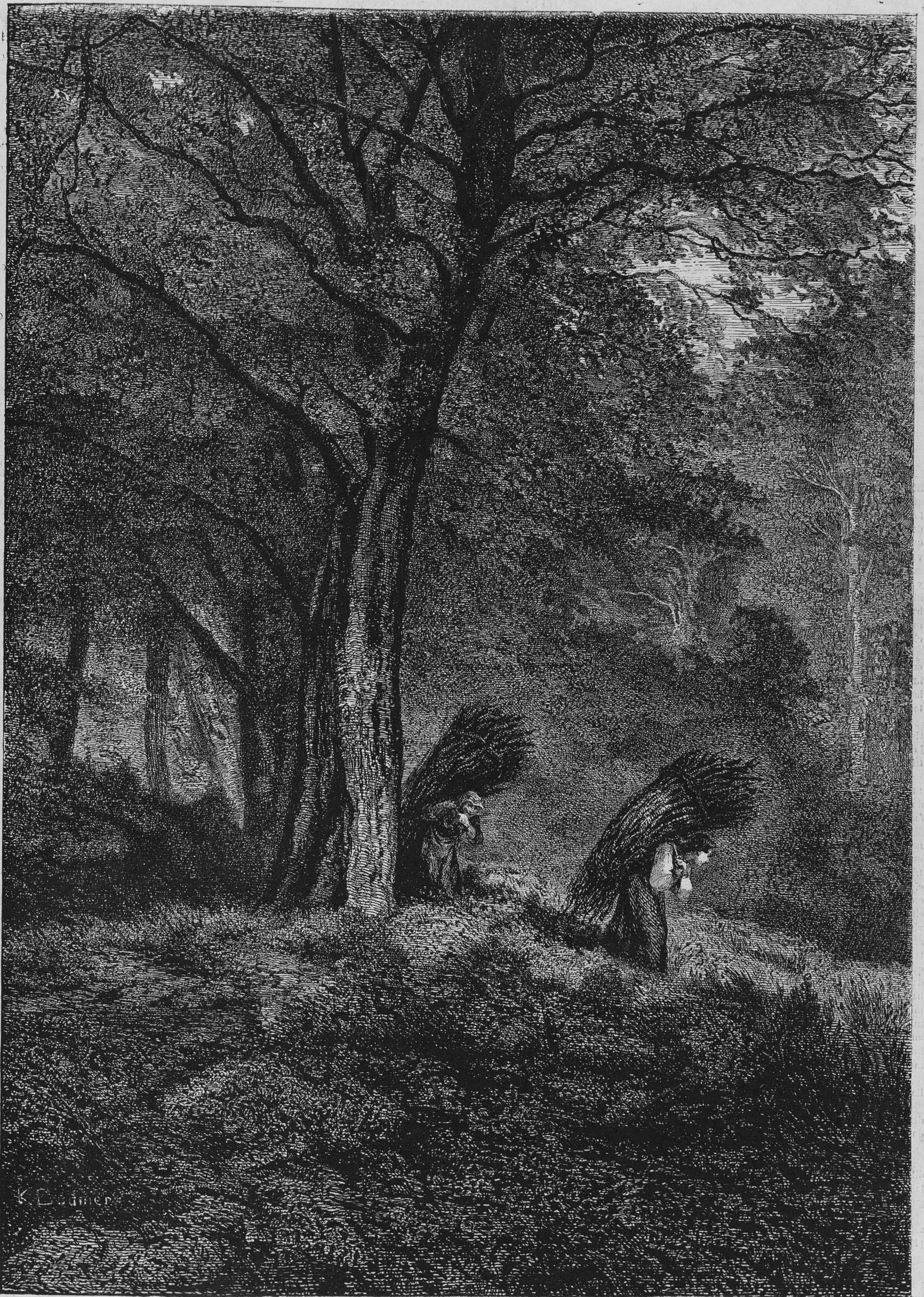




Una sesión del Consejo municipal de la villa de Paris, en la sala del Trono, en el Senado.

LANCE & RICHIE





K. Bodmer

Un aspecto del bosque, por Karl Bodmer.



## Revista de Paris.

En estas últimas semanas hemos tenido ocasion de decir que cada día se multiplican las nuevas obras relativas á los extraordinarios sucesos ocurridos en Francia durante un año, esto es, desde julio de 1870, hasta que las tropas del gobierno legal vencieron á la funesta insurreccion del 18 de marzo. No extrañamos por cierto esta abundancia de publicaciones. Los hechos son numerosos, las apreciaciones deben serlo tambien; y sobre todo, constituyen una historia de tal interés, que no se agotará por cierto en mucho tiempo.

En la actualidad se nota una tendencia casi general á culpar de todo y por todo á los autores de la guerra. No cabe duda que, haciendo abstraccion aquí de la justicia ó de la injusticia con que la Francia se empeñó en el rompimiento de las hostilidades, queda siempre contra el gobierno el cargo fulminante de haber acometido tan colosal empresa, sin preparacion de ningun género, sin tropas en número suficiente y sin armamento. Pero, ¿no es verdad tambien que muchos de los que hoy critican la malhadada guerra, fueron los que mas se alborotaron contra la Prusia, los que ejercieron, digámoslo así, una presion moral sobre el gobierno? No queremos citar ejemplos ni nombres; queremos solo consignar este punto importante que desautoriza muchas censuras.

Un hombre hay, sin embargo, que puede hablar y escribir sin que merezca aquella reconvenccion, y es el baron Stoffel, agregado militar á la legacion de Francia en Berlin, quien anticipadamente envió á su gobierno una série de informes, en los que probó hasta la evidencia la superioridad de la Prusia como nacion militar, sacando en consecuencia que si la Francia declaraba la guerra, infaliblemente seria vencida.

Todos sus pronósticos se han cumplido al pié de la letra; y á fin de que no se ignore que el gobierno imperial estaba bien informado sobre los recursos militares de la Prusia, el baron Stoffel acaba de dar á la estampa todos aquellos informes, con un prólogo que ha excitado en alto grado la atencion de la prensa.

El baron Stoffel define perfectamente la guerra dolorosa en que ha sucumbido la Francia, llamándola la lucha de la imprevisión, de la ignorancia y de la ineptia, contra todas las cualidades opuestas, la prevision, la instruccion y la inteligencia.

Todo lo ha visto el autor de la obra: Sedan, Metz y Paris, y siempre ha podido convencerse de que la ingratitude y la vanidad no han abandonado un instante á sus compatriotas.

Todo lo que concierne á Paris nos interesa particularmente; veamos cuál es el juicio del baron Stoffel sobre la defensa de esta capital, que muchos pintan como una defensa sublime.

« ¿Qué servicio ha hecho, al fin de cuenta, á la defensa nacional la resistencia de Paris? ¿Qué responderá la historia, que estimará en lo que valen nuestras fanfarronadas y nuestras mentiras? Reasumiré las cosas diciendo que por espacio de cinco meses, Paris, en 1870, inmovilizó un ejército enemigo de 240,000 hombres; justamente lo que habria hecho Metz, poco mas ó menos, si la plaza hubiese estado provista de víveres para cinco meses. Francamente, ¿es este un resultado de que debamos gloriarnos? ¿Es este un resultado por el que deba enorgullecerse una ciudad como Paris con sus dos millones de habitantes, con sus fuerzas armadas y con los inmensos recursos de toda especie que en ella habia? Si Paris hubiese inmovilizado de 500 á 600,000 enemigos, se podría decir que habia estado á la altura de su mision; y este resultado era el que hubiera podido conseguirse si la defensa hubiese sido conducida por una direccion inteligente y enérgica. ¿Cuándo acabaremos de pagarnos con mentiras y con palabras pomposas? »

¡Mentiras y palabras pomposas! El baron Stoffel no escribe así á la ligera.

Seguidamente nos va á enumerar la série de mentiras que desde la declaracion de la guerra se han venido continuando hasta la hora presente.

Oigámosle:

« M. Ollivier y M. de Gramont provocan esta guerra maldita, declarando que el embajador de Francia ha sido insultado por el rey de Prusia. ¡Mentira! Jamás fué hecho ningun insulto por parte del rey Guillermo á M. Benedetti.

Desde el principio de la guerra hasta los primeros días de setiembre, el gobierno no confesó nunca nuestros desastres. ¡Mentiras!

El 4 de setiembre, los diputados de Paris usurpan el poder y se dan el nombre de Gobierno de la defensa nacional. ¡Mentiras! Algunos cuantos hombres sin mandato no constituyen un gobierno. ¿Y en qué pueden contribuir á defender el pais algunos abogados incapaces, almas vulgares desprovistas de patriotismo?

Uno de esos abogados declara con jactancia que no cederá

« ni una pulgada de nuestro terreno, ni una piedra de nuestras fortalezas. » ¡Mentiras! Cinco meses más tarde, este mismo abogado se perjura poniendo su firma en un tratado en el que hace cesion de la Alsacia, de la Lorena y de Metz.

« El gobernador de Paris no capitulará, » dice con arrogancia M. Trochu. ¡Mentira! Porque nadie ignora que habria capitulado, si no hubiese hecho diestramente dimision de su cargo de gobernador en tiempo útil. ¿Y quién habria estado dispuesto á creer en su palabra? Habia hecho las mayores protestas de adhesion á la emperatriz regente, echándose á sus piés, segun se dice; habia declarado en su presencia que defenderia la dinastía hasta hacerse matar en las escaleras de las Tullerías, y el 4 de setiembre vendia á su soberana y hacia traicion á sus juramentos y protestas; dejaba, á sabiendas, invadir la Asamblea; y á los dos diputados que fueron delegados para informarle del peligro, les respondió: « ¡Es demasiado tarde! »

« Vosotros sois la admiracion del mundo entero, » nos dice durante el sitio, el abogado Julio Favre. ¡Mentira! Frase para producir efecto, propia de un cursante de retórica. Habiamos podido causar admiracion al mundo entero si hubiésemos tenido á nuestra cabeza, no retóricos, sino hombres de inteligencia, de corazon y de energía.

M. Trochu escribe una carta el 19 de febrero, en la que explica á los parisienses, que, segun las reglas, el enemigo no tiene derecho de entrar en Paris, porque no ha forzado su recinto. Palabras, por lo menos, poco hábiles. Dichas por el antiguo gobernador de Paris, engañaban, á sabiendas, á toda la parte de la poblacion ignorante.

M. Thiers ha hablado ante la Asamblea de Burdeos de las concesiones que habia obtenido de M. de Bismark. ¡Mentira! M. Thiers no ha obtenido concesion ninguna, nada absolutamente que pueda calificarse con tal nombre. A la Asamblea era á quien le correspondia y la que hubiese debido dar un paso solemne con M. de Bismark, para tratar de hacerse devolver á Metz, pero M. Thiers tenia gran priesa por representar el principal papel y concluir la paz á cualquier costa. No es posible que subsista en Francia ningun gobierno sin Metz. Metz será la llaga viva que nunca se cicatrizará. »

Hasta aquí la cita.

El baron de Stoffel continúa sus cargos en el mismo tono y con la misma fuerza contra M. Julio Favre, que el 10 de abril dijo en la tribuna, que la insurreccion de Paris no era debida sino á un puñado de facciosos, y que el gobierno de Versalles los haria muy luego entrar en razon; siendo así que M. Julio Favre no podia ignorar que el movimiento era mucho mas grave de lo que suponía.

Despues habla contra el gobierno en masa, porque publicó oficialmente que la insurreccion de Paris no era únicamente francesa, sino cosmopolita, en razon al gran número de extranjeros que en ella tomaban parte; y lo cierto del caso es que en el día resulta probado que sobre cien insurrectos, apenas se cuenta un extranjero.

El baron Stoffel censura agriamente las palabras de Monsieur Thiers, cuando dice, hablando del ejército improvisado en Versalles, que « es uno de los mas hermosos que jamás ha habido en Francia, » así como cuando anuncia pomposamente el 22 de mayo, la entrada de las tropas en Paris, diciendo: « Ayer por la tarde, el valiente general Douai, notó que los destrozos causados por nuestra artillería, eran mas considerables de lo que él suponía, y que las brechas de la puerta de Saint-Cloud estaban practicables. Los oficiales de ingenieros, con cuatro compañías, se precipitaron sobre ellas y les siguió todo el ejército. » Y el baron Stoffel añade: « ¡Cuán culpables son palabras semejantes, porque no solo son contrarias á la verdad, sino que hacen cometer á la Asamblea y á la Francia, la injusticia mas escandalosa. La verdad es que ni en la puerta de Saint-Cloud, ni en ninguna otra parte se abrió brecha, y que las tropas no habrian entrado en Paris antes de cuatro ó cinco días, sin un acontecimiento imprevisto. »

Se refiere á Ducatel, que llamó á los soldados desde las murallas, diciéndoles que estaban desguarnecidas de federados.

Tal es el catálogo de los cargos terribles que el baron Stoffel dirige á los últimos gobiernos que ha habido en Francia, el imperial, el del 4 de setiembre y el que existe en el día.

Así su obra llama sobremanera la atencion en este pais, donde todas las oposiciones tienen eco.

Lo que sigue despertando mucho tambien el interés de los parisienses, es el proceso de los miembros de la Commune que juzga el tercer consejo de guerra en Versalles. Nada diremos aquí á nuestros lectores sobre esta célebre causa, que pone en evidencia tantas fechorías y tantos crímenes, porque en otro lugar comenzamos hoy su análisis.

¡Qué tarea la de los consejos de guerra! Mas de una semana lleva de audiencias seguidas el que juzga á los diez y ocho jefes, y todavía no está para concluirse. Pero, ¿qué son diez y ocho hombres entre tantos miles como están prisioneros?

Es verdad que el soldado raso de la campaña fatal que ha dado tantos días de luto á su patria, no exigirá tantas formalidades; pero hay categorías de acusados que, ciertamente se encontrarán mas ó menos en el mismo caso que los jefes.

Por ejemplo están los periodistas, á cuya cabeza figura M. Rochefort, declarado partidario de la Commune, aunque nunca quiso formar parte de ella.

Los diarios ingleses han publicado estos últimos días el acta de acusacion de Rochefort, que han traducido los periódicos parisienses, y vemos por su lectura, que son muy graves los cargos que se le dirigen.

En este documento se hace la historia de la carrera de Rochefort, desde que se dió á conocer con algunos artículos de crítica literaria y algunas comedias.

La fundacion del ruidoso periódico la LINTERNA en 1868, popularizó su nombre é hizo que el vigésimo distrito de Paris le nombrase diputado.

A la LINTERNA siguió la MARSELLERA, que se publicó tambien durante el imperio.

El 4 de setiembre, Rochefort entró á formar parte del gobierno que constituyeron los diputados por Paris; pero no tardó en separarse de sus colegas: ya entónces, dice la acusacion, estaba por la Commune.

Firmados los preliminares de paz, da su dimision de diputado, y publica otro periódico, el MOT D'ORDRE, que suprime el general Vinoy y que vuelve á salir á luz cuando sobrevienen los sucesos del 18 de marzo.

En este diario daba todos los días pruebas de su odio al gobierno legal, y la acusacion dice que muchos de los decretos de la Commune eran inspirados por sus consejos.

Aquí entra la acusacion en un prolijo exámen de los artículos que publicaba Rochefort con su firma, partes de victorias imaginarias, falsedades como que el gobierno de Versalles habia comprado armas á los prusianos, que el ejército regular usaba balas explosibles, etc., etc.

Pero aun hay mas: el MOT D'ORDRE, dice la acusacion, defendió la orden de la demolicion de la casa de M. Thiers, considerándola como represalia; aprobó igualmente la demolicion de la columna Vendome, y pidió la destruccion de la capilla expiatoria de Luis XVI; aconsejó que se robasen los diamantes de la corona que se hallaban guardados en el Banco de Francia, y clamó porque se pusiese en vigor el decreto de la ejecucion de los rehenes.

Con efecto, el 20 de mayo, hablando sobre la ley de los rehenes que acababa de tratar la Commune en una de sus sesiones, y afirmando que la explosion de la cartuchería de la avenida Rapp, era debida á los agentes de los « rurales, » decia el periódico de Rochefort:

« El gobierno de Paris seria imperdonable si no hiciese pronta y buena justicia de todos esos actos espantosos que son casi incomprensibles. »

Pero llega el momento en que la Commune se encuentra acosada en sus últimas trincheras, no va á tener mas remedio que rendirse, y entonces Rochefort huye de Paris disfrazado. Sin embargo, cae en manos de la justicia y hoy espera en la cárcel el instante de ser juzgado.

Los cargos contra Rochefort son los siguientes:

- 1º Publicacion de un periódico que estaba suspendido por el gobierno.
- 2º Publicacion de noticias falsas dirigidas á turbar la paz pública.
- 3º Excitacion, seguida de ejecucion, á un acto que tenia por objeto provocar la guerra civil armando á los ciudadanos unos contra otros, y á entregar la ciudad á la devastacion, el pillaje y el asesinato.
- 4º Complicidad por provocacion en la destruccion de propiedades particulares.
- 5º Complicidad por provocacion, seguida de ejecucion, en el pillaje de las iglesias por cuadrillas ó fuerzas organizadas.
- 6º Complicidad por provocacion, seguida de ejecucion, en el asesinato.

Hé ahí lo que arroja de sí el documento que han dado á luz los diarios ingleses. Ahora se esperan los debates.

Volvamos á Paris y concluiremos esta revista con cuatro palabras sobre los teatros.

Todos ellos continúan luchando valerosamente contra los calores excepcionales de esta temporada.

Por supuesto, nada absolutamente en punto á novedades. Solo en el Gimnasio se anuncian nuevas producciones, allá para el invierno, que preparan en la actualidad Alejandro Dumas, Victorien Sardou, y otros autores de menos renombre.

Entre tanto en el Gimnasio, como en todos los demás teatros de Paris, se vive sobre el antiguo repertorio.

Por ejemplo: en el Vaudeville se ejecuta *Miss Multon*, y se anuncian los *Intimos*; en el Chatelet, hacen *Veinte años despues*; en la Gaité, la *Gata Blanca*; y lo mismo sucede en los teatros líricos, se resucitan las obras mas conocidas, y principalmente aquellas que obtuvieron éxito hace ya largos años.

Es de creer, no obstante, que á la entrada del otoño, los empresarios de los teatros de Paris se apresurarán á ofrecernos otros programas.

MARIANO URRABIETA.



## La Commune ante la Justicia.

FERRÉ. — ASSI. — URBAIN. — BILLIORAY. — JOURDE. — TRINQUET. — CHAMPY. — RÉGÈRE. — LISBONNE. — LULLIER. — RASTOUL. — GROUSSET. — VERDURE. — FERRAT. — DESCAMPS. — CLÉMENT. — COURBET. — PARENT.

El 7 de agosto han comenzado por fin en Versalles, ante el tercer consejo de guerra, presidido por el coronel Merlin, las audiencias del gran proceso formado contra los insurrectos del 18 de marzo que han caído en manos de la justicia. Los lectores del *Correo de Ultramar*, que conocen de un modo tan completo la fúnebre historia de la Commune parisiense, verán sin duda con interés el análisis que vamos á hacer á continuación de esta famosa causa, destinada á figurar entre las mas célebres.

Principiemos por reseñar la fisonomía de la audiencia. La sesión se abre á las doce en punto en el picadero del cuartel de caballería de Versalles, situado frente al palacio de Luis XIV. La sala tiene 24 metros de alto, 43 de ancho y 38 de largo. Cuatro enormes ventanas la alumbran y airean. Además se han practicado grandes lucernas en el techo. El público tiene dos puertas para su servicio. Los periodistas, los jueces, los acusados, los testigos y los invitados de distinción, tienen entradas especiales. Estos últimos pertenecen á la Asamblea, diplomacia, magistratura, etc. El salon es capaz de 800 personas.

Para los mas eminentes espectadores hay sillas al derredor del tribunal. A la izquierda del tribunal hay gradas perpendiculares á él en que se sentarán los acusados y sus defensores. Enfrente los periodistas y abogados, con pupitres para escribir. En el fondo, en anfiteatro, el público, que además ocupa todos los huecos de pié, como le es posible.

Se abre pues la sesión. Ocho guardias municipales entran en la sala, dando escolta á diez y siete testigos presos, entre los cuales aparece una jóven bien vestida y Cavalier (a) *Pipe-en-Bois*, que habla riendo con sus compañeros.

A las doce y media llegó Courbet solo, vestido con un levitín negro: parece muy sereno y se dirige á hablar con los abogados.

Llegan luego otros testigos, de los presos, hasta cincuenta; y las personas en libertad, llamadas por los consejos, ascienden al número de 172.

Ocupan el banco de los acusados Assi, vestido de guardia nacional, Pascal Grousset, Régère, Lullier, Jourde, Ferré, Champy, Feray, Billioray y Clément.

Assi demuestra la mejor desenvoltura. Pascal Grousset se fija principalmente en los periodistas que llenan la tribuna de la prensa, no menos cuajada de gente que las demás tribunas.

Ferré arroja miradas furiosas al banco de la defensa, porque no quiere que nadie le defienda; Lullier se muestra también con la cabeza erguida; Ulise Parent está indignado; Grousset, desmayado y pálido; el doctor Rastoul, sencillo y modesto.

A la una menos cuarto, el peloton de honor presenta las armas y el consejo entra en sesión.

Un profundo silencio se establece en el auditorio.

M. Gareau, comisario del gobierno, anuncia que Lisbonne no asistirá á los debates, por causa de la enfermedad que le detiene en el hospital. Fué herido combatiendo en las calles.

El consejo de guerra decide que será juzgado separadamente. Se comienza la lectura de las actas de acusación, lectura que ocupa toda la audiencia.

Hé aquí su análisis:

### INFORME DEL COMISARIO DEL GOBIERNO.

(Puntos principales.)

Señor presidente,

Señores jueces,

Los acusados llamados hoy á comparecer aquí, han tomado una parte proporcionada en el movimiento insurreccional que estalló en París el 18 de marzo y que, prolongándose hasta el 28 de mayo, amenazó entregar á toda la Francia á los horrores de la guerra civil. Antes de determinar la responsabilidad que corresponde á cada uno de ellos en el crimen que ha tenido por teatro la capital, importa remontar al origen del movimiento, buscar su causa y estudiar sus sucesivas transformaciones.

Cuando en setiembre de 1870 el ejército prusiano puso cerco á París, encerró en él, con una población decidida á la defensa y amante del orden, fuerzas disciplinadas hacia tiempo para el desorden.

Estas fuerzas se reclutaban á la vez en las filas del partido revolucionario y entre los miembros de la sociedad Internacional de los trabajadores.

Aparentemente la sociedad no tenía otro objeto que la mejora de la suerte de las clases obreras; pero en realidad constituía un peligro muy grave para el orden so-

cial; por su poderosa organización y sus mal disfrazadas aspiraciones. Esparcida en Europa, y teniendo en Francia centros de acción cada día mas numerosos, tuvo luego sus órganos de publicidad, sus congresos y sus manifestos.

Los sucesos del 4 de setiembre no dieron mas satisfacción á las aspiraciones de aquella sociedad, que á las del partido revolucionario, y los dos aliados esperaron una ocasión propicia, concertando abiertamente su acción.

La presencia del enemigo al frente de París, dió un nuevo alimento á sus tentativas anárquicas. No contentos con pedir cada día en los periódicos y en los clubs la Commune y la salida en masa, no contentos con gritar: ¡Traición! al menor descalabro de nuestras tropas, dos veces, el 31 de octubre y el 22 de enero, lanzaron sus masas armadas contra el Hotel de Villa.

Después del armisticio del 28 de enero, los anarquistas aprovecharon por fin la situación de trastorno general en que habia caído la población parisiense.

El 15 de febrero se reúne en el Tivoli Waux-Hall una asamblea de delegados de la guardia nacional, y nombra una comisión encargada de elaborar los estatutos de un comité central. Un solo párrafo del proyecto que redactó, basta para denunciar la mano que la conduce.

« Todo ciudadano tiene derecho de ser elector y de tener el arma necesaria para cumplir sus deberes. La guardia nacional debe reemplazar á los ejércitos permanentes que no fueron nunca mas que instrumentos de despotismo y que traen fatalmente la ruina del país. »

Se votan los estatutos el 24 de febrero y quedó constituido el comité central.

El 27 de febrero, con el pretexto de quitar á los prusianos un número considerable de cañones, que estaban en la zona que debia ocupar el enemigo durante su estancia en París, los alborotadores se apoderan de ellos y los llevan á las alturas de Montmartre, donde los establecen en batería.

A medida que marcha el tiempo, los manejos se hacen mas osados y las ideas que les sirven de pretexto se acusan mas abiertamente.

El 13 de marzo celebra su cuarta asamblea general la federación republicana. Allí el comité central dió cuenta de sus actos, y los acusados Jourde, Ferat, Arnold, Lisbonne, Assi y Billioray, acuden á su seno con ilusiones que ellos suponen sinceras. El comité reconoce todos los poderes. Su autoridad llega al punto de neutralizar las órdenes del estado mayor de la plaza. Al comité solo obedece en realidad la mayor parte de la guardia nacional.

La crisis es inminente. Se ven llegar aventureros de todas las naciones, con traza sospechosa, reclutas asalariados de todas las revoluciones, siniestros mensajeros de todos los trastornos. Se envían emisarios á las principales ciudades de las provincias para fomentar la insurrección al mismo tiempo que en París se emprendía la lucha.

Hé aquí el 18 de marzo. Sin embargo, el gobierno legal del país, no ha estado inactivo. La Asamblea nacional, después de haber ratificado los preliminares de paz, traslada su asiento á Versalles. Allí va también el Poder ejecutivo, que cada día lucha enérgicamente en París con grandes dificultades.

En la mañana del 18, todas las posiciones en donde se habian fortificado los anarquistas, fueron tomadas por las tropas; pero luego era preciso atravesar París con 250 piezas de artillería. De aquí una lentitud que dió tiempo para que acudieran en armas los batallones de Montmartre y de Belleville.

Una multitud enorme, entre la cual habia muchas mujeres y niños, rodea á los soldados, siembra la confusión en sus filas, desarma á unos, arrastra á otros á una vergonzosa defección y recobra los cañones que entrega á la guardia nacional.

Sin embargo, la mayor parte de las tropas se repliega en buen orden á la izquierda del Sena, en donde el gobierno ocupaba aun el ministerio de Negocios extranjeros.

Al través del tumulto, hacen prisionero al general Lecomte, y poco después se apoderan también del general Clemente Thomas, vestido de paisano, que buscaba á uno de sus edecanes, los llevan á una casa de la calle de Rosiers, donde se reunía el comité central, y los fusilan en un jardín contiguo á la casa.

Seria ocioso detallar los actos del poder insurreccional, que durante dos meses se impuso en París por el terror. Todo es incoherencia y contradicciones: solo un carácter los domina, el audaz desprecio de todos los derechos que la Commune se dió misión de proteger y la imitación servil de las cosas de 1793.

El plagio del comité de salud pública, después del plagio de la Commune, la ley de los sospechosos, la constitución de un tribunal revolucionario, la acusación de los jefes militares á quienes abandonó la fortuna, todo esto mientras llegan los degüellos de los rehenes.

Emprendidas las operaciones militares por el ejército del gobierno legal reconstituido en Versalles, la Commune, como para vengarse de sus derrotas, pone en acusación á los miembros del gobierno y confisca sus bienes, ordena la demolición de la casa de Thiers, y envidiosa de todas las glorias, sin respeto por los grandes recuerdos del país, á la vista del extranjero vencedor, decreta que será destruida la columna Vendome.

Y no es todo aun. Recurre al impío sistema de los rehenes, elige sus víctimas entre los primeros hombres del clero y la magistratura. El arzobispo de París, el cura de la Magdalena, y otros eclesiásticos, van á re-

unirse en la Conserjería con el presidente Bonjean, preso en los últimos días de marzo.

El informe entra en detalles sobre las ejecuciones y los incendios, y concluye del modo siguiente:

Doscientos treinta y ocho edificios ó casas particulares han sido presa de las llamas. Las ruinas están ahí mas elocuentes que todas las palabras, y al contemplarlas no puede uno menos de estremecerse, pensando en el inmenso desastre de que todo París ha estado amenazado.

### ACTAS DE ACUSACION RELATIVAS Á LOS ACUSADOS PRINCIPALES.

FERRÉ.

Teófilo Ferré tiene malos antecedentes políticos. Antes de representar el papel imaginario de delegado á la Prefectura de policía, nombramiento que habia merecido del gobierno revolucionario del 18 de marzo, se habia hecho notar en varias circunstancias anteriores á este acontecimiento por sus palabras exaltadas y excitaciones al desorden.

Interrogado sobre la parte que habia tomado en la sublevación del 18 de marzo y sobre los crímenes de que ha sido centro ó cómplice, se ha negado á responder á las preguntas del juez de instrucción, así como á firmar ningun documento.

Segun lo que resulta de las piezas de acusación, de los actos oficiales y de la notoriedad de los acontecimientos mismos, deposiciones de los testigos y otros documentos, hallándose Ferré el 18 de marzo, á las nueve y media de la mañana, en la casa número 8 de la calle des Rosiers, se opuso á la marcha de los guardias republicanos prisioneros, y obtuvo que el comandante Dardelle revocase la orden que habia dado de ponerlos en libertad. En seguida se fué al Chateau-Rouge, adonde acababa de llevar al general Lecomte, y se hizo notar por la insistencia con que pedía la muerte del general.

Elegido el 26 de marzo miembro de la Commune por el XVIII distrito, y nombrado al día siguiente para formar parte de la comisión de seguridad general, firmó con Dereure, J. B. Clement, Vermorel y otros una proclama en la que se hallan mezcladas entre las excitaciones á la guerra civil, una multitud de calumnias contra la autoridad legítima.

El 4º de mayo fué nombrado procurador síndico de la Commune (fiscal), lo cual le permitió dar principio á arrestos y ejecuciones arbitrarias de diferentes personas.

El 14 del mismo mes, el periódico oficial de la Commune, le dió á conocer como delegado á la Prefectura de policía, y amigo de R. Rigault continuó sus maldades, habiendo sido colocado en este puesto por la influencia de dicho Rigault en reemplazo de Cournet, que no inspiraba tanta confianza.

De una sola plumada firmó con la mayor imperturbabilidad la orden de supresión de casi todos los periódicos, así como la de que fuesen ejecutadas multitud de personas detenidas y presas por su orden.

El testigo Dessesseye, siendo celador de la prision, llamada Depósito, de dicha Prefectura de policía, vió llamar aparte á Veyssel por Ferré y leerle un papel que este tenia en la mano, y señalando un piquete de *Los vengadores de Flourens*, le dijo: « Hé ahí el peloton encargado de la ejecución que va á llevaros. » Segun ha declarado el sargento Sauvage, Veyssel habia sido arrojado al agua, después de haberlo fusilado.

El testigo Vergnerce, ha visto á Ferré dar dinero á los hombres que iban á fusilar á Veyssel, cada uno de los cuales recibió una moneda de cinco francos.

Viendo el testigo Rigeaud que la Prefectura de policía estaba ardiendo, se lo avisó á Ferré en el momento en que éste hacia llevar á Veyssel.

— No es cierto, respondió Ferré, ¿quién os ha dicho eso?

— Los guardias nacionales, contestó Rigeaud.

— Los guardias nacionales, replicó Ferré, son unos idiotas; además, que en cuanto á vos, no tendreis miedo, porque vuestro edificio está embovedado. En aquellos momentos se hallaba ardiendo ya también el Tribunal de Cuentas.

La tendera Margarita Parzi y el nombrado Baron, empleado en la Prefectura de policía, han oido decir que Veyssel habia sido fusilado por orden de Ferré, que este habia sido el primero á disparar sobre él, hiriéndole en la cabeza, y que en seguida lo habia mandado arrojar al río. De un documento oficial expedido por el director del depósito de la Prefectura, resulta que Veyssel habia sido encerrado allí el 21 de mayo y puesto á disposición de Ferré, el cual lo habia hecho sacar el 24 del mismo mes para ser pasado por las armas.

En fin, el testigo Bragnaud afirma que la orden de prision de Veyssel habia sido firmada por Ferré, y que este mismo era el que mandaba el peloton que fusiló a aquel.

La mujer Bragnaud, la jóven Tabanet, han visto el 24 de mayo á Ferré, vestido con un paletó oscuro, de cuello negro, arengar al piquete de ejecución, diciéndoles á los hombres que lo formaban: « Todos los sargentos de Villa, todos los gendarmes, todos los agentes bonapartistas fusilados aquí inmediatamente. »

Entre las víctimas asesinadas en el Depósito, se halla el nombrado Valtiat, sacado de allí el 24 por orden de





S. M. ETON

LA COMMUNE ANTE LA JUSTICIA. — Primer sesion del tercer Consejo de Guerra permanente en Versalles, en la sala del Picadero.



Ferré, según consta por el registro de la prisión.

Como revolucionario fogoso, vengativo, implacable, Ferré no retrocedía ante ningún medio para vengarse de la derrota de su partido.

Tuvo parte en la misión de incendiar los monumentos, que los sublevados ocupaban y no querían dejar intactos a la causa del orden.

El miércoles por la mañana, 24 de mayo, según deposición de Calfort, que vive rue de Harlay, prefectura de policía, Ferré y otros cinco individuos vestidos de paisano, con los fusiles a la espalda, entraron en el edificio por la escalera de servicio, y Ferré le dijo al subir: « Largaos de aquí pronto porque vamos a prender fuego, y dentro de un cuarto de hora todo estará ardiendo. »

Media hora después salían las llamas por las ventanas del despacho del procurador general R. Rigault, que se había instalado allí durante la revolución.

La mujer Campagne vio en ese mismo día a algunos individuos, entre los que le llamó la atención uno mas pequeño, vestido con un paletó con cuello de terciopelo negro, embadurnar con petróleo las paredes del edificio.

El 24 de mayo, día de los asesinatos y de los incendios Valtier, preso en la Roquette por robo, declara que Ferré, vestido de paisano, con una banda roja, se presentó con un centenar de guardias del 195 y 206, y les dijo a los que estaban allí presos: « Ciudadanos, ya sabéis cuántos faltan de los nuestros; nos han cogido seis y tenemos que fusilar otros tantos, » y en seguida vio bajar a los seis rehenes, Monseñor Darboy, arzobispo de París, el presidente Bonjean, el cura Allard, los PP. Ducoudray y Cleré, y el cura de la Magdalena Deguerry.

El 26, el nombrado François, alcaide de la Roquette, recibió una orden firmada por R. Rigault y Ferré, mandando entregar al llamado Jecker al juez de instrucción.

El 27, el delegado de la policía hizo poner en libertad a los malhechores que se hallaban presos en la Roquette, vio darles armas, asociándolos a un gran número de prisioneros, entre los que había 66 gendarmes.

Mientras tanto, los presos que sobrevivían, resolvieron defenderse y los asesinos retrocedieron ante esta actitud, pero les tendieron un lazo y prometiéndoles la libertad, gritaron: « ¡Viva la línea! » Los curas Surat, Beaul, Houillon y el hermano Chaulieu, fueron víctimas de este engaño; Ferré es cómplice de todos estos asesinatos, porque la traición fué organizada por él, que dió la orden por escrito a Romain, para que dejase salir los rehenes, y las consecuencias de esta orden prueban bien cuál era el espíritu que la había dictado.

En consecuencia de estos y de otros crímenes, la acusación fiscal opina que Ferré ha cometido los crímenes previstos y marcados por los artículos 50, 87, 88, 91, 92, 95, 90, 97, 257, 258, 295, 296, 297, 302, 344, 344, 434, 437, del Código penal.

#### ASSI.

El llamado Adolfo Alfonso Assi, ejercía la profesión de mecánico y estaba empleado en esta cualidad en las fábricas del Creuzot. Como en estas minas cuya explotación exige el concurso de un número infinito de obreros, hay necesidad de establecer talleres especiales y poner al frente de ellos como jefes ó delegados, obreros inteligentes, Assi era uno de estos delegados.

En las minas del Creuzot ha habido dos huelgas graves. La primera, en la que tomó parte Assi, no tenía según él dice, ningún carácter político, no se trataba simplemente mas que de una cuestión de intereses; de un arreglo de cuentas entre la caja de socorros de los obreros de las minas y la administración general de la fábrica que tenía la dirección de esta caja.

De resultas de esta huelga, se despidió a los delegados, jefes de talleres, y el 49 de enero de 1870, Assi salió de la fábrica y se estableció en Creuzot mismo, trabajando por su propia cuenta.

En el mes de julio de dicho año, hubo otra segunda huelga, y aunque Assi no estaba ya en los talleres, fué preso y conducido a París para ser juzgado. De esta causa dice que fué absuelto.

No pudiendo encontrar colocación en ninguno de los establecimientos de París, a causa de la reputación de turbulento, se dedicó a confecciones de objetos de equipo militar, y durante el sitio consiguió ser nombrado oficial en el cuerpo franco, titulado: *Guerrillas de la isla de Francia*, de donde pasó en calidad de teniente a una compañía de marcha del batallón 492 de la guardia nacional.

Tratóse de formar el comité central, y Assi como miembro de la Internacional, francmasón y teniente delegado de su batallón, consigue formar parte de dicho comité.

Nombrado el 17 de marzo comandante del 67 batallón, al día siguiente 48, pasa a ser gobernador del palacio municipal, coronel de la guardia nacional, y se ocupa con los otros miembros del Comité, en organizar una seria resistencia, ordena que se hagan barricadas en ciertas calles que indica, prohíbe la salida de víveres y municiones de París, y organiza diferentes servicios.

Nombrado miembro de la Commune, toma una parte muy activa en todas las medidas que esta adopta, firma todos los decretos, especialmente los relativos a la demolición de la casa de M. Thiers, y a los que han dado por resultado los incendios y el asesinato de los rehenes.

(Se continuará.)

#### Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuación — Véase el número 970.)

— En efecto ¡cuánta gente! dijo Bernabé. ¿Ois, madre?

— Van, según se dice, continuó el anciano, a pasar una revista de mas de cien mil hombres. ¡Ah! ya vereis lo que hace lord Jorge. Es un hombre muy poderoso. Hay caras respetables en aquellas tres ventanas (é indicó la Cámara de los comunes que dominaba el río) que se pondrán pálidas como la muerte cuando vean subir esta tarde a lord Jorge a la tribuna. Pero no tendrán razón. ¡Ah! dejad hacer a Su Señoría, y vereis, vereis lo que sucede.

Y murmurando palabras entre dientes, riéndose con malicia y moviendo el dedo índice con ademán significativo, se levantó con auxilio de su palo y se dirigió hacia el Parlamento con paso vacilante.

— Madre, dijo Bernabé, ¡cuánta gente! Vamos.

— No hacía donde está esa multitud, dijo la viuda.

— Sí, sí, respondió el idiota tirándola del vestido. ¿Por qué no? Vamos.

— No sabes, dijo ella con intención, el mal que pueden hacer esas gentes, adónde pueden llevarnos, ni cuáles son sus intenciones. Por lo mucho que me quieren...

— Pues precisamente quiero que vayamos, madre, por lo mucho que os quiero. ¿No recordais lo que nos decia del oro el ciego? Allí sí que hay gente. ¡Vamos! Pero no, mejor será que me esperéis aquí; luego vuelvo.

La viuda se esforzó con toda la energía de su temor maternal en hacerle desistir de su idea, pero fué en vano. Se había bajado para atarse la cinta del zapato, cuando pasó rápidamente un coche junto a ellos, y una voz mandó desde dentro al cochero que parase.

— ¡Muchacho! dijo la voz.

— ¿Qué queréis? gritó Bernabé alzando la vista.

— ¿Quieres ponerte este distintivo? dijo el desconocido enseñándole una escarapela azul.

— ¡En nombre del cielo, no se la deis? exclamó la viuda.

— ¿Qué os importa a vos, buena mujer? dijo el del coche con aspereza. Dejad que el muchacho haga su gusto. Me parece que ya es hombre para no necesitar consejos, y sabe muy bien, sin que tengais que decirselo, si quiere ó no llevar el distintivo de un fiel inglés.

Bernabé, estremeciéndose de impaciencia, empezó a gritar:

— ¡Sí, sí; quiero llevarlo!

Había repetido ya este grito mas de veinte veces, cuando el del coche le arrojó la escarapela diciéndole:

— Daos prisa a acudir a los Campos de San Jorge.

Después mandó al cochero que continuase su camino al trote y les dejó en el puente.

Bernabé, con las manos trémulas de emoción, iba a ponerse de cualquier modo la escarapela en el sombrero, respondiendo con viveza a las lágrimas é instancias de su madre, cuando dos caballeros que pasaban por la acera opuesta repararon en ellos, y viendo a Bernabé engalanándose con el distintivo de la *Grande Asociación*, se dijeron algunas palabras al oído y retrocedieron.

— ¿Qué haceis aquí con tanta calma? dijo uno de ellos vestido de negro y con un bastón en la mano. ¿Por qué no habeis seguido a los demás?

— Ya voy, señor, respondió Bernabé terminando su trabajo y calándose el sombrero ladeado; voy al momento.

— Decid milord y no señor, joven, cuando Su Señoría os hace el honor de dirigiros la palabra, dijo el segundo caballero con aire de amistoso reproche; si no habeis conocido a lord Jorge Gordon, aun es tiempo.

— No, no, Gashford, dijo lord Jorge, mientras Bernabé se descubría y hacía un gracioso saludo. ¿Qué importa eso en un día como este que todo inglés fiel recordará con placer y orgullo? Cubrios, amigo, y seguidme, porque os habeis atrasado y llegareis tarde. Ya han dado las diez. ¿No sabeis que la hora de la reunión era a las diez en punto?

Bernabé movió la cabeza, mirándoles uno tras otro como si dudara de la verdad de lo que decían.

— Debias saberlo, amigo, dijo Gashford; era la hora acordada. ¿De dónde venís que estais tan mal informado?

— No está en el caso de contestaros, señor, dijo la viuda. Es inútil que le hagais preguntas. Acabamos de llegar a Londres desde muy lejos, y nada sabiamos sobre lo que decís.

— Parece que la causa ha echado lejos sus raíces y que tiende sus ramas por todos lados, dijo lord Jorge a su secretario. ¡Buenas noticias! ¡Loado sea Dios!

— Así sea, respondió Gashford con solemnidad.

— No me habeis entendido, milord, dijo la viuda. Perdonad, pero os habeis equivocado. No sabemos nada

de lo que sucede, y no tenemos intención ni derecho de tomar parte alguna en esa causa a que aludís. Este joven es mi hijo, mi pobre hijo, enfermo de alma, y que le quiero como a mi vida. En nombre del cielo, milord, seguid vuestro camino sin él, evitadle la tentación de seguiros a algun peligro.

— Buena mujer, dijo Gashford, ¿cómo es posible? ¿Qué es eso de tentación y de peligro? ¿Tomais acaso a milord por el león de la Escritura, que busca víctimas que devorar? ¡Dios os tenga en su santa guarda!

— No, no, milord; perdonad, repuso la viuda desconsolada, apoyando las dos manos en el pecho de lord Jorge sin saber lo que hacía ni lo que decía en la turbación de su ferviente súplica, pero tengo razones para rogaros que cedais a mis lágrimas, a las lágrimas de una madre. ¡En nombre del cielo, dejadme mi hijo. No está en su juicio, no sabe lo que se hace, os lo juro.

— Hé aquí la perversidad del siglo, dijo lord Jorge retrocediendo ante las manos de la viuda y ruborizándose de pronto. Acusan de locura el celo de los que quieren servir fielmente la buena causa. ¿Cómo teneis valor de hablar así de vuestro hijo, madre desnaturalizada?

— Me llenais de asombro, dijo Gashford a la viuda con severidad pero sin encono; hé aquí un triste ejemplo de la depravación de las mujeres.

— Si tiene trastornado el juicio este muchacho, dijo lord Jorge lanzando una mirada a Bernabé, a buen seguro que no lo indica su fisonomía. Y aun cuando fuera loco, no debemos pararnos en semejante bagatela. ¿Quién de nosotros (y volvió a ruborizarse) se libraría de tal suposición si se le pusiera a prueba?

— Ninguno, respondió el secretario. En un caso como este, cuanto mas celo, mas fidelidad y buena voluntad hay, es mas santa la locura. En cuanto a este joven, milord, añadió doblando el labio superior mientras contemplaba a Bernabé, que estaba en pié, dando vueltas al sombrero entre las manos y haciendo señas a hurtadillas para partir, os juro que tiene el juicio tan sano como nosotros.

— ¿Deseais formar parte de la *Grande Asociación*? dijo lord Jorge dirigiéndose al idiota. ¿Teneis intención de ser uno de los nuestros?

— ¡Sí, sí! respondió Bernabé con entusiasmo; tengo esa intención. Ahora mismo se lo estaba diciendo a mi madre.

— Ahora lo comprendo todo, repuso lord Jorge lanzando a la desventurada viuda una mirada acusadora; me lo figuraba. Pues bien, seguidnos y se cumplirá vuestro deseo.

Bernabé dió un beso cariñoso a su madre, diciéndole que tuviera valor porque habían hecho ya su fortuna, y siguió a lord Jorge Gordon y al secretario.

La pobre viuda les siguió también llena de terror y de inexplicable aflicción.

Pasaron rápidamente por Bridge-Road, cuyas tiendas estaban cerradas, porque al ver cruzar aquellas turbas y temiendo los excesos de su regreso, los mercaderes no creían seguras sus mercancías ni los cristales de sus ventanas. Así pues, podía verse en el piso superior de sus casas a todos los habitantes reunidos en las ventanas, mirando hacia la calle con rostros alarmados, en los que se pintaban de una manera diversa el interés, el temor y la indignación. Unos silbaban y otros aplaudían.

Pero lord Jorge Gordon, sin hacer caso de estas manifestaciones y prestando tan solo el oído a los clamores de la multitud que resonaban a lo lejos como los bramidos del mar agitado, apresuró el paso y no tardó en llegar a los Campos de San Jorge.

Eran realmente campos en aquella época, y hasta muy espaciosos.

Veíase allí reunida una multitud inmensa, enarbolando banderas de diversas formas, pero todas de color azul como las escarapelas.

Había pelotones que hacían evoluciones militares, otros en línea, otros en cuadro ó en círculo, y un gran número de las columnas que marchaban por los campos y de las que permanecían paradas cantaban salmos é himnos. No sabemos quién fué el primero a quien le ocurrió esta idea, pero no era desacertada, porque el clamoreo de aquellos millares de voces conmovía el alma mas insensible, y no podía menos de producir un efecto prodigioso sobre los entusiastas de buena fe en su extravío.

Se habían apostado algunos centinelas para anunciar la llegada del jefe, y cuando estos se replegaron por darse el santo y seña, circuló la noticia en un momento por toda la multitud y reinó entonces un intervalo de profundo y sombrío silencio, durante el cual las masas estuvieron tan tranquilas é inmóviles, que por do quiera que se tendiera la vista no se veía mas movimiento que el de las ondeantes banderas.

Después estalló un viva terrible, que se repitió tres veces.

El aire parecía como agitado y desgarrado por un cañonazo.

Gashford, dijo lord Jorge estrechando contra el suyo el brazo de su secretario y hablando con una emoción que se revelaba igualmente en la alteración de su voz y de sus facciones; ahora sí que me veo predestinado, lo veo, lo sé. Soy el jefe de un ejército. Si me intimasen en este momento que les condujese a la muerte, lo haría, sí, aunque fuese yo el primero en sucumbir.

— En efecto, el espectáculo es magnífico y sublime, dijo el secretario. ¡Glorioso día para la Inglaterra y para la gran causa del mundo! Recibid, milord, el homenaje de un humilde, pero fiel servidor...



— ¿Qué vais á hacer? exclamó lord Jorge cogiéndole por ambas manos porque habia hecho ademán de arrojarse á sus piés. Eusebio Gashford, no me enternezcais y me priveis de cumplir con los deberes que me esperan en este glorioso día.

Y al pronunciar estas palabras, el pobre lord derramaba lágrimas.

— Pasemos al través de las filas; necesitamos encontrar sitio en alguna division para nuestro nuevo socio. Gasford deslizó su mano fria é insidiosa en la mano fanática de lord Jorge, y asidos por la mano y seguidos de Bernabé y su madre, penetraron por entre la multitud.

La Asociación habia continuado en tanto sus cánticos; á medida que su jefe pasaba entre sus filas, todos alzaban la voz á mas y mejor hasta desgañitarse.

Entre aquellos asociados, unidos para defender hasta la muerte la religion de su patria, habia muchos que ni siquiera habian oido un salmo ni un cántico en toda su vida; pero como en su mayor parte eran famosos truhanes, lo cual no les impedía tener buenos pulmones, y como naturalmente les gustaba el canto, hacían coro diciendo todas las indecencias y obscenidades que les ocurrian, porque sabian que se confundirian entre la batahola de tantas voces, y porque se les importaba muy poco que las oyesen.

Hasta cuando pasó junto á ellos lord Jorge repitieron sus canciones indecentes, pero el jefe no hizo caso de tal desvergüenza y continuó su marcha con su gravedad habitual y su majestad solemne, edificado con la piedad de sus partidarios.

Seguian, pues, andando, andando, andando, ya por el frente de esta línea, ya por detrás de aquella, ya dando vuelta á la circunferencia de un círculo, ya recorriendo los cuatro lados de un cuadro, y era interminable la revista de aquellas líneas, de aquellos círculos y de aquellos cuadros.

El calor del día habia llegado á su apogeo; la reverberación del sol en el campo de la reunion lo hacia aun mas sofocante; los que llevaban las pesadas banderas empezaban á desfallecer y estaban próximos á caer sobre el suelo rendidos de cansancio; la mayor parte de los hermanos y amigos principiaban á quitarse los corbatines y á desabotonarse las chaquetas y los chalecos; en el centro, algunos de ellos, abrumados por el exceso del calor, que era mas insoportable por la multitud que les rodeaba, se tendian en el césped casi sin aliento, y ofreciendo por un vaso de agua todo el dinero que tenían; y sin embargo, ninguno abandonó el puesto, ni aun los que mas padecian, y lord Jorge, bañado en sudor, continuaba su marcha con Gashford, y Bernabé y su madre les seguian de cerca con perseverancia.

Habian llegado al fin de una línea de unos ochocientos hombres, y lord Jorge habia vuelto el rostro cuando se oyó un grito de alegría medio ahogado, como todos los gritos que se dan al aire libre en medio de una multitud, y al mismo tiempo salió de las filas un hombre que lanzó una estrepitosa carcajada y apoyó su pesada mano en el hombro de Bernabé.

— ¿De dónde sales, Bernabé Rudge? le dijo. Hacia un siglo que no te habia visto. ¿Dónde te ocultabas?

En aquel momento Bernabé pensaba en cosas muy distintas; el olor del césped pisoteado le recordaba los juegos de la niñez, la época en que saltaba y corria por el prado de Chiqwell. Sorprendido por aquel apóstrofe repentino, fijó sus ojos en su antiguo amigo, y solo pudo decir:

— ¿No eres Hugo?

— Sí, Hugo en persona, respondió el mozo de posada, Hugo del Maypole. ¿Te acuerdas del perro? Aun vive, y estoy seguro de que te conocerá. Pero ¿qué veo? ¿Tambien llevas la escarapela? ¡Mejor, mejor! ¡Ja, ja, ja!

— ¿Conoceis á ese jóven? dijo lord Jorge.

— ¡Si le conozco, milord! Le conozco como á mi mano derecha. Tambien mi capitán le conoce. Todos le conocemos.

— ¿Quereis admitirle en vuestra division?

— No hay en el mundo un mozo mas guapo, mas ágil ni mas resuelto que Bernabé Rudge, dijo Hugo, y apuesto á que no tiene aquí igual. Marchará, milord, entre Dionisio y yo, y él será el que llevará la mas hermosa bandera de seda de este valiente ejército, añadió tomando una bandera de manos de un compañero cansado.

— ¡Dios del cielo! no, no, exclamó la viuda corriendo hacia ellos. Bernabé... milord... mirad... es preciso que se retire. ¡Bernabé! ¡Bernabé!

— ¿Cómo es que se dejan entrar mujeres en el campo? gritó Hugo separando á la madre y al hijo. ¡Hola, capitán! ¡Al orden!

— ¿Qué sucede? preguntó Simon Tappertit, acudiendo casi sin aliento. ¿A eso llamais orden?

— No por vida mia, capitán, respondió Hugo sin dejar de amenazar á la viuda; mas bien es un desorden. Las señoras solo sirven aquí para desanimar á nuestros valientes soldados. Si las dejáramos hacer su gusto, pronto quedaria el campo desierto.

— ¡Formen!... ¡arm! gritó Simon con voz desentonaada. ¡Atencion!... marchen!

La pobre viuda se habia caído al suelo.

Todo el campo estaba en movimiento, y Bernabé se veia arrastrado en medio de una compacta masa de hombres.

## XLIX.

El populacho amotinado se dividió al principio en cuatro secciones: la de Lóndres, la de Westminster, la de

Southwark y la de Escocia, y cada una de estas secciones se subdividia en diversos cuerpos, cuya figura y contornos, que estaban muy lejos de presentar un conjunto uniforme, ofrecian al primer golpe de vista un orden que solo comprendian tal vez los jefes y capitanes, porque para los demás era como el plan de batalla que no puede apreciar cada soldado en particular, el cual no debe hacer mas que sucumbir hasta que toquen retirada.

Sin embargo, no se crea que aquel ejército no tuviera un método acordado, porque apenas habian trascurrido cinco minutos desde la orden de romper la marcha, y ya la masa estaba dividida en tres grandes secciones, dispuestas á pasar el río, cada cual segun las órdenes dadas anteriormente, por un puente diferente, y dirigirse en columnas separadas hácia la Cámara de los Comunes.

Lord Jorge Gordon ocupó su puesto á la cabeza de la seccion que marchó al puente de Westminster, llevando á su derecha á Gashford, y en torno suyo una especie de estado mayor, compuesto de pillos y bandidos.

El mando de la segunda division, que habia de pasar por Blackfriars, estaba confiado al comité de administracion, compuesto de doce ciudadanos.

Finalmente la tercera, que debia ir á London Bridge y recorrer las calles de un extremo á otro para dar á conocer mejor y apreciar su número á los buenos vecinos de Lóndres, estaba mandada por Simon Tappertit, y eran sus ayudantes Dionisio y algunos socios de la antigua cofradía masónica de los aprendices.

A la voz de mando de «¡Marchen!» cada una de estas secciones tomó el camino que le estaba designado, y se formó en el orden mas perfecto y con sombrío silencio.

La que recorrió la Cité era mas numerosa que las demás, y ocupaba una línea tan extensa, que cuando la retaguardia principió á ponerse en movimiento, la cabeza estaba ya á cuatro millas de distancia, aunque marchaba en columna cerrada y ocupaba toda la calle. Al frente de esta division, y en el sitio que Hugo habia designado á Bernabé entre este peligroso compañero y el verdugo, marchaba el idiota con la frente erguida, y muchas gentes, que mas adelante recordaron las escenas de aquel día, no olvidaron al jóven arrogante que empuñaba la bandera.

Y merecia en efecto este recuerdo; extraño á toda idea, con el rostro encendido y la mirada brillante de júbilo, sintiendo apenas en su éxtasis el peso del enorme pendon que ondulaba, y sin acordarse mas que de hacerle brillar al sol y ondear al soplo de la brisa de verano, avanzaba mas altivo, mas contento y mas exaltado que todos; era tal vez el único corazón tranquilo, la única criatura inocente de todo el motin.

— ¿Qué te parece de esto? le preguntó Hugo al pasar por las calles invadidas por la multitud y haciéndole levantar los ojos hácia las ventanas llenas de espectadores. Mira cómo han salido todos para ver nuestras banderas. ¿Qué te parece? Por vida mia, Bernabé, que eres el héroe de la fiesta. Tu bandera es la mas alta y sobre todo la mas hermosa. No hay nadie en todo ese concurso que pueda compararse contigo. ¡Mira... mira! Todos fijan sus ojos en tí.

Y Hugo prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

— No armeis escándalo, hermano, dijo el verdugo refunfuñando y lanzando á Bernabé una mirada nada lisonjera. Supongo que no se imagina que ha venido con nosotros tan solo para llevar la bandera como un niño en la procesion. ¿Estais dispuesto á todo? Responded. Hablo con vos, añadió tocando bruscamente con el codo á Bernabé. ¿Qué haceis ahí papando moscas? ¿Por qué no me contestais?

Bernabé no tenia en efecto mas que ojos para su bandera. Sin embargo, al oír este apóstrofe miró á Hugo y á Dionisio con expresion vaga y estúpida.

— No sabe lo que le decís, repuso Hugo. Ya vereis como me entiendo á mí. Bernabé, amigo mio, escucha. — Ya te escucho, dijo Bernabé mirando en torno suyo con inquietud; pero quisiera verla y no la veo.

— ¿A quién ha de ver? preguntó Dionisio con tono brusco. ¿Estais acaso enamorado? No faltaba mas que eso. No queremos entre nosotros enamorados.

— ¡Qué orgullo tendria en verme! ¿No es verdad, Hugo? dijo Bernabé. ¿Qué contenta se pondria si me viera al frente de este grande espectáculo! Estoy seguro de que lloraria de alegría. ¿En dónde está? Nunca me ha visto así, y sin embargo. ¿qué me importa llevar esta bandera si ella no me ve?

— ¡Voto al diablo! ¡Qué precioso Cupido! exclamó Dionisio con soberano desden. ¿Se os figura acaso, derretido galan, que en nuestra Asociación entran los enamorados para divertir á sus damas?

— No os enojeis hermano, le dijo Hugo. La mujer que quisiera ver no es su querida.

— Pues ¿quién es?

— Su madre.

— ¡Su madre! exclamó el verdugo lanzando una horrible blasfemia. ¿Creeis que formo parte de esta division entre los valientes para oír á los niños llamar á sus mamás? añadió Dionisio con el mas profundo desprecio. La idea de una querida me empalagaba, pero la de una mamá... me hace asco.

Y como si le viniieran náuseas escupió al suelo haciendo una mueca.

— Bernabé tiene razon, dijo Hugo.

— Dime con quien andas...

Escucha, Bernabé, añadió Hugo interrumpiendo á Dionisio. Si tu madre no está aquí para admirarte es porque he tenido cuidado de ella. Le he enviado media

docena de caballeros, cada cual con su hermosa bandera azul, aunque no tan hermosa como la tuya, para conducirla con gran ceremonia á una casa magnífica, adornada con banderolas de oro y plata y de mil cosas que dan gusto ver, donde te esperará hasta que vuelvas, y donde te aseguro que nada le falta.

— ¿Será cierto? dijo Bernabé con el rostro radiante de alegría. Gracias, Hugo, gracias.

— Y eso no es nada en comparacion de lo que vamos á ver, repuso Hugo guiñando el ojo á Dionisio que miraba con asombro al nuevo compañero de armas.

— ¡Cómo!... ¿Es cierto?

— Por supuesto. Dinero, sombreros con magníficas plumas, trajes bordados de oro, soberbios caballos, perlas, diamantes, todo será nuestro si prometemos á aquel caballero, que es el mas noble de la tierra, llevar nuestras banderas durante algunos dias sin perderlas. Hé aquí lo único que debemos hacer.

— ¿Eso tan solo? exclamó Bernabé con los ojos animados y apretando con toda su fuerza el asta de su bandera. Pues desde ahora te respondo que no perderé la mia. Déjala por mi cuenta; en buenas manos está. Ya me conoces, Hugo, y ya sabes que ha de ser muy guapo el que me la quite.

— ¡Muy bien dicho! exclamó Hugo. Reconozco en tí á aquel intrépido Bernabé con quien tanto he corrido y saltado por los campos. No me equivocaba al confiarle ese tesoro... ¿No veis, añadió hablando á Dionisio al oído, que este muchacho es idiota y que podremos hacer de él lo que queramos dirigiéndole con maña? Os aseguro que él solo vale por diez hombres. Hagamos la prueba. Muy pronto vereis si puede sernos útil ó no.

Dionisio escuchó estas explicaciones con inclinaciones de cabeza y guiños, que anunciaban su completa aprobacion, y desde aquel momento habló en tono muy distinto á Bernabé.

Hugo se aplicó el dedo á la nariz para recomendarle la discrecion, volvió á colocarse en su sitio, y los tres continuaron el paseo silenciosamente.

Eran las tres de la tarde cuando las tres grandes divisiones se hallaron reunidas en Westminster, y formando una masa formidable, lanzaron un viva atronador, no tan solo para anunciar su presencia, sino como una señal para los que estaban encargados de este cuidado, de que era hora de tomar posesion de los corredores de las dos cámaras, de todas las puertas y de las escaleras de la galería.

Dionisio y Hugo, llevando en medio de ellos á Bernabé, se precipitaron sin vacilar hácia la escalera, dejando la bandera en manos de uno de sus compañeros, encargado de guardar tan precioso depósito en la puerta.

Empujados por los que les seguian, se vieron arrebatados como una oleada hasta la puerta de la galería, desde donde era imposible retroceder á causa de la multitud que obstruía el paso.

Se dice con frecuencia, valiéndose de una expresion vulgar cuando se habla de una inmensa multitud, que estaba tan apiñada que podia andarse por encima de las cabezas. Así sucedió, pues, al pié de la letra; porque un niño que, sin saber cómo, se habia introducido entre la gente, y que estaba en inminente peligro de ser ahogado, se encaramó sobre los hombros de un hombre que estaba á su lado, y corrió sobre los sombreros y las cabezas hasta la calle inmediata, atravesando en su marcha casi aérea dos escaleras y una larga galería. Y fuera del edificio no estaba menos apiñada la gente, porque un cesto que arrojaron sobre la multitud fué saltando de cabeza en cabeza y de hombro en hombro dando vueltas caprichosas, y desapareció á lo lejos sin caerse una sola vez al suelo.

En esta multitud habia algunos fanáticos honrados, pero la mayor parte se componia de la hez de Lóndres, de aventureros, perdidos y ladrones, alentados por un mal código de leyes penales, por un vicioso sistema de cárceles y por una organizacion de policia detestable, de modo que los individuos de las dos cámaras del Parlamento que no habian tenido la precaucion de ir á la sesion con tiempo, se veian obligados á abrirse paso á puñetazos entre la multitud.

Los defensores de la Asociación detenian y hacian pedazos sus coehes, arrancaban las ruedas, reducian á polvo los cristales de las portezuelas, sacaban á los lacayos, á los cocheros y á los amos de sus asientos, y los arrojaban al lodo, á lores, obispos, diputados, sin distincion de personas ni de partidos, recibian puntapiés, empujones y palos, pasando de mano en mano y sufriendo todo género de ultrajes, y cuando conseguian llegar á la asamblea, era con el vestido hecho girones, sin peluca, sin voz y sin aliento, y cubiertos con el polvo que habian hecho caer de sus cabellos sobre todo su cuerpo á fuerza de sacudirles y zarandearles.

Hubo un lord que permaneció tanto rato en manos del populacho, que los pares resolvieron hacer una salida en corporacion para libertarle, y se disponian en efecto á realizar su proyecto, cuando afortunadamente apareció en el salon cubierto de lodo, acibillado de golpes y en un estado tan lastimoso, que apenas le conocian sus mejores amigos.

El estruendo, la gritería y el escándalo crecian por momentos; no se oian mas que votos, blasfemias, silbidos, carcajadas y quejas; el furioso motin bramaba sin cesar como un monstruo rabioso, y cada nuevo insulto contra personas indefensas acrecentaba su furia.

(Se continuará.)



**CONCURSO GENERAL**

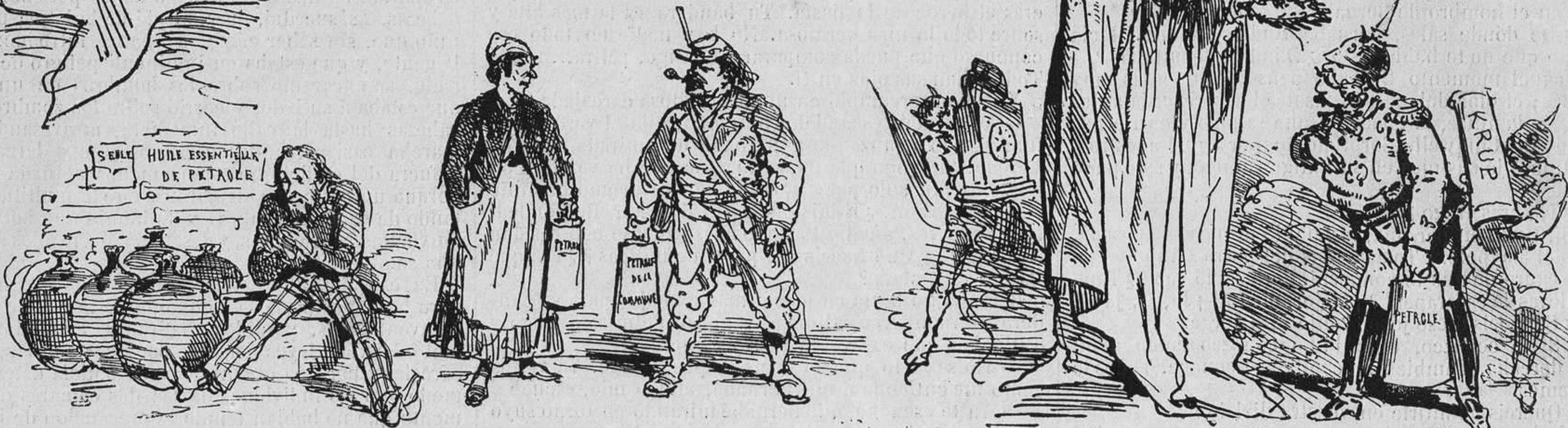
para el embrutecimiento y la destrucción de la raza humana, presidido por el ciudadano Metistófeles, presidente de todas las facultades inhumanas y antisociales.  
SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS EN 1871.



**DISCURSO**

« Jóvenes alumnos : Estoy contento de vosotros ; el año escolar de 1870-71 es un buen año. Hace tiempo que no se había logrado embrutecer y destruir á tantos individuos. La obra se hecho bien, y merecen gracias los que en ella se han distinguido. La introduccion del petróleo que debemos al honorable rey Guillermo, es una mejora que aprovecha y aprovechará á nuestros negocios.  
» Tres hurras para Guillermo, á quien corresponde el gran premio de honor ; dos para sus alumnos los comunistas, y uno para los traficantes de petróleo, los buenos yankees.  
» Jóvenes alumnos : Valor y continuar la obra.»

La música saluda con una salsa de cañonazos y de cañones Krupp, á los premios de honor.  
Descarga de ametralladoras á los premios ordinarios.  
A los segundos premios, un simple fuego de peloton.



**Tercer gran premio de honor.**

Al ciudadano John Yankee per la explotacion y vulgarizacion esencial de petróleo.

**Segundo gran premio de honor.**

Al ciudadano y á la ciudadana comunales por haber aplicado el petróleo alemán y americano á la mejora social, mediante el incendio de los monumentos y las propiedades...

**Primer gran premio de honor.**

Al rey y emperador Guillermo, con mencion de su gran premio de fusiles de aguja, por su gran descubrimiento que interesa á la humanidad ; la introduccion del petróleo en las relaciones humanitarias. — (Bravos unánimes.)



**Escamotaje personal. — Primer premio de honor.**

Al ciudadano Félix Pyat, el capitan que embarca y se queda en tierra. Ha hecho morir á mucha gente y se ha puesto en salvo para otra ocasion.



**Gratitud. — Primer premio.**

Al alumno Victorio-Emmanuele Galantuomo Los franceses trabajaron por él y se encuentran con que su trabajo fué para el rey de Prusia.

**Primer premio de locomocion**

Al alumno Napoleon (Gerónimo). De paso para Turin.

**Primer premio de mudanza.**

Al alumno Guillermo, coronado por segunda vez. (Música.)



**CONCURSO GENERAL**

para el embrutecimiento y la destrucción de la raza humana, presidido por el ciudadano Mefistófeles, presidente de todas las facultades inhumanas y antisociales.

SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS EN 1871.



*Premio de inundacion.*

Al alumno Jules Favre.  
(Su estatua en bronce será erigida en la plaza del Instituto.)



*Primer premio de movimiento.*

Al alumno Gambetta porque se ha movido, segun dice el proverbio, como un diablo en el agua bendita.



*Segundo premio de idem.*

Al alumno Trochu.



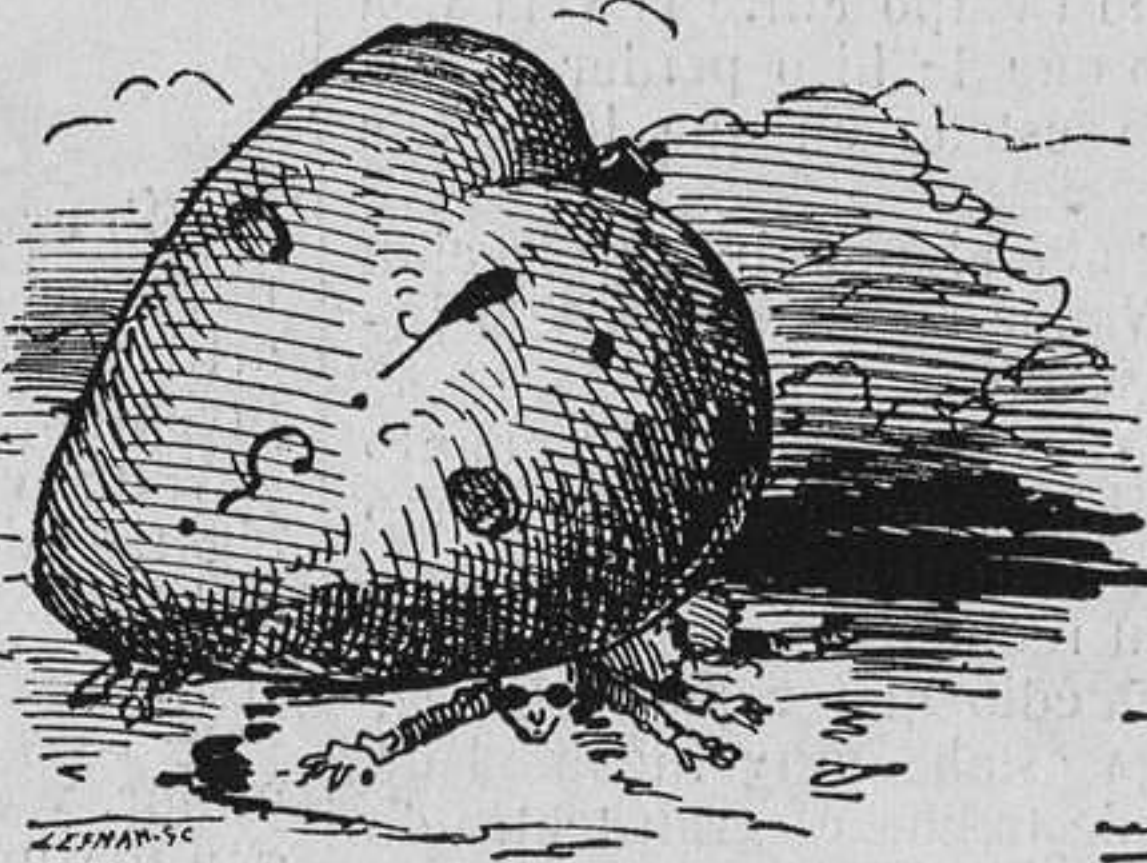
*Premio de estabilidad.*

Al alumno Bazaine.



*Premio de filosofia.*

Al alumno Emilio Ollivier.



*Primer premio de ligereza.*

Al mismo Emilio Ollivier que declaró la guerra con el corazon ligero.



*Ceguera. — primer premio.*

Al alumno Napoleon-Luis.



*Perspicacia.*

*Primer premio.*  
Al alumno Le Bœuf.

*Idem. — Idem.*

Al pobre contribuyente.



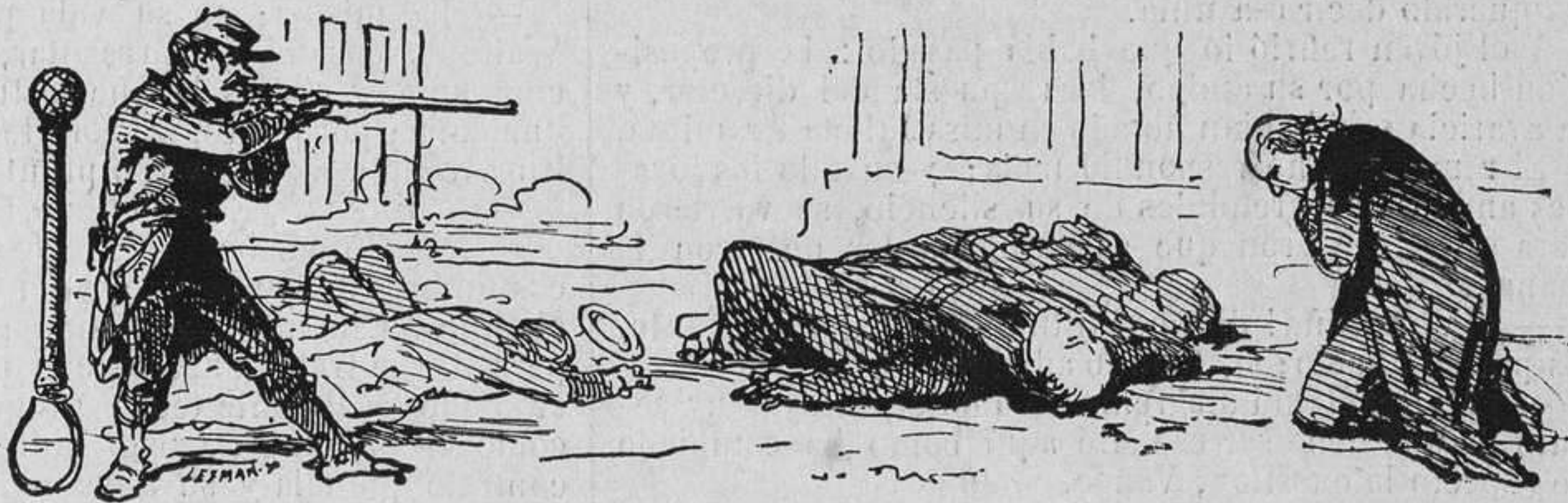
*Premio de destreza.*

Al alumno Picard porque sabe volver á tiempo la casaca.



*Premio de lógica.*

Al alumno Communard, verdugo de la prensa despues de haber clamado tanto sus libertades.



*Premio de honor de fisica.*

Al ministro Communard por haber reemplazado la guillotina que trabajaba lentamente, con el chasapot que trabaja pronto y bien.

(Música, seis baterías de ametralladoras.)



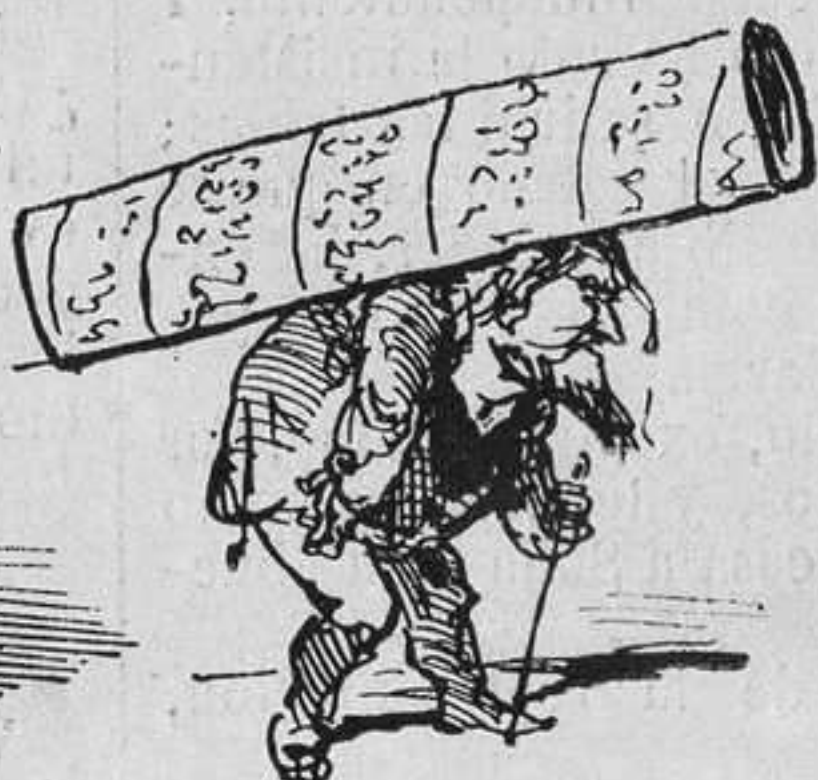
*Premio de humanidad.*

Al alumno John Yankee por haber entregado zapatos de castor y fusiles inservibles para matar al prójimo.



*Premio de falsificacion.*

Al ciudadano Communard, ya nombrado.



*Premio de solidez.*

Al alumno Courbet, destructor de la columna Vendôme.



*Premio de honor.*

A los ciudadanos Communards reunidos, por haber demostrado lo que les importan la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.



*Premio de cordura.*

Al alumno Mottu, alcalde corregidor de los Crucifijos en las escuelas.



*Premio á los ciudadanos químicos.*

Para estimularlos á que encuentren algo mejor que el petróleo, que ha envejecido, y la nitro-glicerina, que con frecuencia no da resultado.



Y ahora para concluir, queridos alumnos, prusianos, rusos, italianos, ingleses, americanos, etc.; aquí os presento una criaturita, de la que cuido cariñosamente, y que hará ruido en el mundo. Por hoy no digo mas.

BERTALL.



## ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 970.)

— ¡Tres libras esterlinas! exclamó Vance, arqueando las cejas para expresar el mas alto grado de admiracion, y levantando su nariz arremangada hácia la luna majestuosa, ¡tres libras esterlinas! ¡Suma fabulosa! ¿Quién tiene tres libras esterlinas para tirarlas de esa manera? ¿Cuántos duques, con cien mil libras de renta en buenas tierras, no sacarán tres libras de su bolsa para malgastarlas con esa prodigalidad? ¡Tres libras esterlinas! ¿Qué no podría yo comprar con tres libras esterlinas! Con tres libras esterlinas compraría la biblioteca dramática, encuadrada en tafete; con tres libras esterlinas compraría un traje de sociedad (se entiende, sin comprender el forro de seda); con tres libras esterlinas ¡podría estar alojado durante un mes! ¡Y una bachillera llena de oropes, que cuenta apenas doce años, tiene la imprudencia de pedir tres libras esterlinas, y ¿por qué? ¡por pasar á la inmortalidad sobre el lienzo de Francisco Vance!

En este momento Vance sintió que le tocaban el hombro. Se volvió bruscamente como puede hacerlo en caso semejante un hombre de mal humor, y vió ante sí el rostro moreno del remendon.

— Y bien, mi amo, ¿no ha representado bien? ¿Qué tal os ha parecido?

— Bastante mediana en su papel natural; pero su mérito es en otro concepto prodigioso.

— No os comprendo.

— Sea como quiera no me atraparé ella para que haga su retrato. ¡Tres libras esterlinas! ¡tres reinos!

— Decidme, dijo Lionel al remendon, ¿no habeis dicho vos antes que se hospedaba en vuestra casa? ¿Sois vos mister Merle?

— Me llamo Merle y ella vive en mi casa, calle de los Sáuces.

— Vamos á irnos un poco mas lejos, que hay menos gente, y estaremos mejor. Explicadme si podeis lo que ha querido decir esa niña.

Y el jóven refirió lo que habia pasado: la proposicion hecha por su amigo, la respuesta del director, y la avaricia que habian notado en miss Julieta Araminta.

El remendon no respondió nada; y cuando los jóvenes amirados de su silencio, se volvieron para mirarle, vieron que se enjugaba los ojos con la manga.

— ¡Pobre niña! dijo por último con patético acento. Es por su abuelo; sí, todo lo adivino.

— ¡Ah! exclamó alegremente Lionel, estoy muy seguro de que debe ser eso. Hé aquí como ha cambiado de aspecto la cuestion, Vance.

— Eso no cambia la cuestion de las tres libras esterlinas, murmuró Vance. ¿Qué me importa á mí su abuelo para dar tres libras á esa chiquilla, cuando no habrá una niña en el pueblo que no salte de gozo al pensamiento de tener su rostro en un album y cinco chelines en su bolsillo? ¡Llévese el diablo á su abuelo!

Ya habian llegado al camino real. El remendon se sentó sobre un canton solitario, y miró atentamente los dos rostros que tenia delante. El de Lionel fué el que pareció agradarle mas; por lo tanto á Lionel dirigió la palabra.

— Sabed, mi jóven amo, dijo, que hace justos cuatro años que M. Ruggé vino aquí con su compañía como acostumbra hacer todos los años, há mucho tiempo, trayendo consigo al hombre que habeis visto esta noche, William Waife, á quien llamo yo *gentleman* Waife. Cómo ese hombre ha podido venir de ese modo, cómo ha podido asociarse á semejante carabana, es cosa que pocas personas pueden comprender. Joé Spruce, por mas que se devana los sesos, no lo atina; pero yo sí lo comprendo, yo.

— ¿Y cómo explicais eso? preguntó Vance.

— Por Saturno.

— ¿Por Satan?

— Por Saturno; en su segunda y su décima casa, lo juraría; señor de lo ascendiente, acaso en combustion con el sol... ¿Quién sabe?

— ¿Seriais astrólogo, por ventura? dijo Vance retrocediendo con admiracion.

— Un poco. ¿Hay algo de malo en eso?

— ¿Qué importa? dijo Lionel con impaciencia, continuad. Deciais que llamábais á M. Waife, *gentleman* Waife, y que si no hubierais sido astrólogo, os hubierais admirado de verle en semejante posicion.

— Eso es. No era como los actores que acostumbran á venir á estos teatros de ferias, no era tampoco precisamente como un actor de Londres, porque yo tambien he estado en los teatros de Londres; cualquiera diria que era un hombre de talento que representaba por divertirse. Tenia unas salidas muy graciosas y muy cómicas, sin caer jamás en lo vulgar; pero siempre con los modales de una persona distinguida, absolutamente lo mismo que si uno de vosotros dos os pasierais á declarar por divertir á vuestros amigos. Así es que atraia mucha gente siempre que venia, y muchas nobles fa-

miliars de los alrededores venian á oírle; se hospedaba en mi casa, tenia muy buenos modales, y era lo que se llama un hombre instruido. Pero, sin embargo, no quiero engañaros, yo creo que él ha sido un farsante en sus tiempos; Mercurio bajo un aspecto maligno, es indudable. Por último el año pasado, un gran personaje, empresario de uno de los teatros de Londres, se hallaba aquí en la época de la feria. ¿Habria oído hablar de Waife, y venia expresamente para juzgar acerca de su mérito? Esto yo nó lo sé, pero lo creo probable. Cuanto vió trabajar á *gentleman* Waife, le llamó á su posada, en el Leon Rojo, y le ofreció una buena suma por llevarle á Londres, á *Common-Garden*. Pues bien, señor, Waife no aceptó en seguida; estuvo vacilando algun tiempo; pero concluyó por aceptar y partió. Esa fué su desgracia, y ya sabia yo lo que iba á pasar, porque lo habia visto todo en mi cristal.

— ¡Oh! exclamó Vance, ¡un cristal! Tan tarde se está haciendo, que si tuviérais encima vuestro cristal, podriais ver lo que tenemos gana de cenar.

— Y bien, ¿qué sucedió? preguntó Lionel con mas dulzura, al ver que el remendon que habia creído producir un gran efecto con su cristal, estaba un poco picado.

— ¿Qué sucedió? lo mismo que yo habia previsto. Hubo un accidente en el camino de hierro de aquí á Londres, y el pobre Waife perdió un ojo, y se quedó estropeado para el resto de sus dias, de modo que ya no pudo aparecer en un teatro de Londres; pero lo peor de todo fué que luchó mucho tiempo entre la vida y la muerte, y cogió un resfriado que le hizo perder la voz y quedar reducido al triste estado en que le habeis visto.

— ¿Pero obtendria sin duda alguna indemnizacion del camino de hierro? dijo Vance con la calma y la insensibilidad de un demonio estóico.

— Sí, y así pudo comer. Yo supongo que en cuanto se vió con dinero en el bolsillo, enfermo y todo como estaba, seguiria de nuevo sus costumbres de *gentleman*, y así se volveria á quedar sin recursos. Entonces no tuvo, á lo que parece, mas remedio que volver á buscar á M. Ruggé. Pero M. Ruggé estaba muy incomodado porque habia tenido la idea de tomar el gran teatro de York y presentar allí al *gentleman* Waife como el personaje de su compañía, y este le habia dejado plantado. Ruggé creyó tener motivo para quejarse y no quiso volver á oír hablar de Waife. ¿Y de qué podía servirle ya el pobre hombre? Entonces se valió Waife de la niña Sofia.

— Julieta Araminta, ¿queréis decir? dijo Vance.

— La misma; en su vida privada se llama Sofia. Waife la enseñó á representar, Ruggé la tomó en su compañía, y ella es la que sostiene á su abuelo con lo que gana; porque Ruggé solo le da á Waife cuatro chelines cada semana, y eso pronto se va en tabaco, etc.

— *Et cetera*. ¿En beber sin duda? dijo Vance.

— No, él no bebe, lo que hace es fumar; tiene ciertas costumbres de *gentleman*, y en eso se gasta sus cuatro chelines. Esta primavera han ganado mucho dinero; pero Ruggé trata á ambos con mucha dureza, y yo no creo que legalmente tenga ningun derecho sobre ellos como él pretende; existe entre ellos una especie de contrato que ella y su abuelo podrian romper si quisieran: eso es lo que quieren, y para eso necesita tres libras la niña Sofia.

— ¿Cómo! exclamó vivamente Lionel, ¿podrian quedar libres si poseyesen las tres libras? Y en ese caso, ¿cómo vivirian? ¿dónde irian?

— Ese es su secreto. Yo he oído decir á Waife el dia que llegaron aquí, que si él pudiese adquirir tres libras, tenia una combinacion para hacerse independiente. Y lo que mas ha hecho pensar en eso ha sido la insistencia de Ruggé por hacer que vuelva á salir á las tablas; porque no queria que le viesen en el estado en que se encuentra. No teniendo mas remedio que ceder, ha encontrado el medio de arreglar la comedia para no aparecer hasta el fin, y eso sin hablar.

— Os damos gracias, amigo mio, exclamó Lionel, por las noticias que acabais de darnos, y tendriamos sumo gusto en ver mañana en vuestra casa á Sofia y su abuelo. ¿Será posible?

— Es muy posible, despues de la representacion, esta noche, si quereis.

— No, mañana; mi amigo desea retirarse; mañana iremos á vuestra casa.

— Mañana es el último dia, dijo el remendon. Pero los podeis ver en mi misma casa con seguridad despues de las diez de la noche. Sobre todo, ¡ni una palabra á Ruggé!

— ¡Ni una palabra á Ruggé! respondió Lionel. Buenas noches, amigo.

Los jóvenes dejaron al zapatero, que seguia sentado en el canton, contemplando las estrellas y meditando.

— Yo he sido el que he hecho el gasto en la conversacion esta vez, dijo Lionel, con su voz mas insinuante.

Estaba resuelto á hacer saltar á su amigo, que tenia mas dinero que él, las tres libras, y esta era una operacion delicada. Circulaba, en efecto, en los talleres, entre los jóvenes artistas, bastante pródigos en general, mas de un chiste sobre la destreza con que M. Vance sabia parar los ataques irregulares, dirigidos contra su bolsa; y un dia que hacia observar á los chistosos, con su nariz mas al viento que de ordinario, que les permitia de muy buen grado divertirse á sus expensas:

— ¡A vuestras expensas! exclamó uno de ellos; si esa diversion valiese un farthing, no nos dariais ese permiso.

Así es que sospechando el artista que Lionel con su

amabilidad extremada ocultaba una intencion hostil, guardó prudentemente silencio. Lionel repitió pues con una inflexion de voz mas dulce todavia:

— Yo he sido el que he hecho el gasto en la conversacion.

— Naturalmente, respondió entonces Vance, naturalmente habeis de ser vos; porque imagino que vos solo podeis tener la intencion de pagarla, y parece que os costará tres libras. Carillo parece, ¿eh?

— ¡Ah! Vance, ¡si yo tuviera tres libras!

— ¡Bah! Cenemos antes, y me hablareis de eso en seguida. Tengo un hambre de lobo.

Nuestros jóvenes viajeros, abandonando el camino real, entraron en una calle cubierta de yerba, y á los pocos pasos llegaron á una posada situada á orillas del Támesis. Allí habian establecido su cuartel general hácia algunos dias, y desde que amanecía se ocupaban en dibujar, en pasearse por el rio, en recorrer el pais en todas direcciones, no volviendo hasta la noche para cenar y acostarse: era la mansion mas agradable que puede concebirse: una bóveda de madre-selva unia la casa con la rivera del rio, donde habia dos barcas amarradas, y en aquel momento las olas se estremecian suavemente á los rayos de la luna.

— ¡La cena y luz bajo el emparrado! gritó Vance á la criada. ¡Vamos, vivo, presto! mientras subimos á lavarnos los manos. Y no dejéis de darnos un vaso de ese famoso *toddy* al whisky.

## IV

¡Oh excursiones pedestres y hosterías de campo! ¡Oh noches de estío bajo el ramaje de la madre-selva, á orillas de aguas que reflejan el cielo estrellado! ¡Oh juventud, juventud!

Vance echó el *toddy* con una cuchara y encendió un cigarro; despues, apoyando en la mano la cabeza y el codo sobre la mesa, contempló las aguas rielantes del rio con ojos de artista.

— Despues de todo, dijo, no estoy descontento de ser pintor, y espero vivir lo suficiente para llegar á ser algun dia un gran pintor.

— Indudablemente, si vivís, seréis un gran pintor, dijo Lionel con una sinceridad afectuosa; y si yo que pinto únicamente como aficionado, conozco que el arte presta un nuevo encanto á la naturaleza...

— Basta de sentimiento, interrumpió Vance, y continuad.

— Qué satisfaccion debeis experimentar, prosiguió Lionel sin dejarse intimidar por esta interrupcion poco benévola; vos que podeis fijar sobre un pedazo de lienzo un fugitivo efecto de sol, un lindo rostro tomado al vuelo, y decirles: ¡Sol y belleza, vivid para siempre!

VANCE

¿Para siempre? ¡No! Los colores se borran, el lienzo se pudre. ¿Qué nos queda de Zeuxis? Sin embargo, eso está muy lindamente dicho en favor del lado poético de la profesion; tambien tiene su lado prosáico, no hablemos mas de él. Sí, lo repito, estoy contento de ser pintor. Pero no os hace falta adquirir esa enfermedad. Vuestra pobre madre no me perdonaria jamás, si viese que á mi ejemplo os haciais pinta-monas.

LIONEL, tristemente

No. ¡Yo no seré pintor! Pero ¿qué puedo ser yo? ¿Cómo podré llegar á realizar alguno de los sueños de mi imaginacion? ¡La gloria está tan lejos! ¡La fortuna es tan difícil! Pero hay una cosa á la cual estoy muy decidido, y al hablar así frunció las cejas y apretó los dientes, es á encontrar, no importa cómo, el medio de no depender de nadie y sostener á mi madre.

VANCE

Vuestra madre no carece de recursos; goza de la pension de...

LIONEL

De viuda de capitán; pero sin embargo, añadió ruborizándose, tiene que alquilar el piso principal de su casa.

VANCE

Esa no es una cosa para que nadie se avergüence. Hasta algunos pares hay que alquilan sus casas, y en el continente muchos príncipes, no solo alquilan los principales, sino hasta los quintos y los sextos pisos, sin hablar de las guardillas y los sótanos. Al entrar en el mundo, amigo Lionel, si no quereis vivir en un estado perpétuo de irritacion, plegad cuidadosamente vuestro orgullo, encerradlo con llave y cerrojo, y no lo saqueis á que le dé el aire mas que en las grandes ocasiones. El orgullo es un vestido de brocado, muy fino y muy hermoso por fuera, pero forrado por el lado que toca á la piel con una tela áspera y grosera. Los mismos reyes únicamente llevan la dalmática el dia de su coronacion. Quereis ser independiente: está bien. Pero ¿de quién dependeis ahora? Vuestra madre os ha dado una



excelente educacion, que vos habeis aprovechado bien. Mi querido amigo, prosiguió Vance con un calor poco frecuente en él; yo os admiro por haber tenido valor á vuestra edad, al salir del colegio, para encerraros á traducir del latin y del griego, á un tanto por pliego, para proporcionar algunas comodidades á vuestra madre; despues, cuando os habeis encontrado con algunas esterlinas en vuestra bolsa, habeis empleado la licencia que os ha dado en venir á vagar conmigo, pagando vuestra parte en los gastos comunes. ¡Ah! Lionel, en todo esto se advierte un valor, una energía, con la cual fundareis en sólidos cimientos algun castillo tan hermoso como todos los que hayais podido hacer en el aire. Dadme lo mano, mi querido jóven.

En este movimiento de abandono habia cierta cosa tan poco semejante á la sequedad práctica y al genio cáustico de Frank Vance, que Lionel se llenó de sorpresa. El jóven estrechó la mano que su amigo le tendia, y respondió con emocion:

— Yo no merezco vuestros elogios, Vance, y temo mucho que ese orgullo que vos me aconsejais guarde bajo llave, haya tenido la mayor parte en el mérito que quereis atribuir á mis acciones. Decís que soy independiente. ¡No! Yo no lo he sido jamás.

VANCE

Sea: dependeis de vuestra madre. ¿Pero no es eso natural á los diez y siete años?

LIONEL

No he querido aludir á mi madre: yo deberia sentir un orgullo en recibir sus beneficios. Hé aquí la verdad: mi padre tenia un pariente, poco cercano en verdad, era un primo tan lejano como puede serlo un primo. Mi madre le escribió cuando murió mi pobre padre, y él obró con generosidad, porque fué quien pagó los gastos de mi educacion. Hasta hace poco no he sabido yo nada de esto. Tenia vaga idea de que un pariente poderoso y rico se interesaba por mí, pero no le habia visto jamás.

VANCE

¿Jamás?

LIONEL

No. Pero hé aquí la serpiente oculta bajo las flores. Cuando salí del colegio por Navidad, mi madre me hizo conocer por la primera vez la extension de mis obligaciones hácia aquel bienhechor, y me declaró que deseaba saber á qué profesion me inclinaba; si era á la iglesia ó al foro, se encargaria de proveer á la continuacion de mis estudios.

VANCE

¡Por vida mia! aun no veo la serpiente. Bebed un trago de toddy, amigo mio, y mirad la vida bajo un aspecto mas favorable.

LIONEL

Escuchadme hasta el fin. Pedí entonces la carta de mi bienhechor, y mi madre me enseñó no solamente la última, sino todas las que habia recibido. ¡Ah! Vance, ¡qué crueles eran aquellas cartas! La primera empezaba por un reconocimiento muy seco por la apelacion que se le dirigia en nombre del parentesco, y despues seguia un ofrecimiento igualmente seco de pagar mi pension, pero sin una palabra afectuosa, y con la severa condicion de que no me presentaria nunca á su presencia, y de que no le escribiria jamás. No pedia reconocimiento, decia que no tenia ninguna fe en las protestas de gratitud. Sus favores cesarian en el momento que yo le importunara: *importunara*, así decia; aquel era el pedazo de pan que se arroja á un perro.

VANCE

¡Bah! extravagancias de un hombre rico. ¿Será celibato?

LIONEL

Mi madre dice que es viudo.

VANCE

¿Con hijos?

LIONEL

Mi madre dice que no lo ha quedado ninguno; pero yo no sé nada, ó casi nada de su familia.

Vance fijó una mirada penetrante en su jóven amigo; despues de una pequeña pausa dijo con frialdad.

— Eso es tan claro como el sol. Vuestro pariente es de esos hombres que no teniendo hijos, quieren librarse de las atenciones de un presunto heredero; y lo que os ha hecho ver á esa serpiente, puesto que así lo llamais, mas terrible es, permitidme que os lo diga, alguna palabra ligera de vuestra madre, que al enseñaros esas cartas os habrá dado á entender que vos podriais

ser ese heredero, mostrándoos bastante complaciente y dócil. ¿No es así?

Lionel bajó la cabeza sin responder.

VANCE, con tono de ánimo

Bien, bien; hasta ahora no es grande el mal. Pero ya sabemos bastante de esa primera carta. ¿Qué decia la última?

LIONEL

Era aun mas ofensiva. Ese hombre, ese pariente, ese protector escribia á mi madre que podia suprimir los elogios de los progresos y del talento de su hijo, elogios muy naturales en vos, decia, pero que tienen muy poco interés para mí. Eso decia ese bienhechor que mostraba tanta condescendencia. « En cuanto al concepto que goza, ¿qué caso puedo yo hacer del concepto de un hombre á quien no he visto jamás? Todo lo que pudiera, añadia, afectar de una manera sensible mi... Pero ¿á qué he de proseguir? Básteos saber que para mí su amargo lenguaje estaba reducido á manifestar que solo debia ocuparme del dinero que aquel hombre me daba insultándome.

VANCE, con energía

Creo poder decir, sin ser hechicero, que vuestro pariente no solo es un hombre poco amable y político, sino un individuo bastante desagradable; en una palabra, un hombre de muy mal carácter.

LIONEL

No me reprendereis, pues, si os digo que resolví no aceptar la oferta con que terminaba su carta, de proseguir costeando mis estudios. Felizmente el doctor Wallis, mi profesor en el colegio, que siempre me habia manifestado mucho afecto, acababa de aceptar la direccion de una edicion popular de los clásicos; y accediendo á mis ruegos, me recomendó al editor como apto para traducir algunos de los autores latinos menos difíciles, comprometiéndose á revisar mi trabajo. Cuando terminé la primera parte de la tarea que me habia sido confiada, mi madre concibió inquietudes por mi salud, é insistió en que buscara algunas distracciones; vos ibais á partir para vuestra pequeña excursion pedestre; yo tenia, como decís, algunas libras esterlinas; hé aquí cómo he pasado á vuestro lado los dias mas felices de mi vida.

VANCE

¿Qué ha dicho vuestro amable pariente, al saber que rehusais entrar en el colegio?

LIONEL

Precisamente en el momento en que iba á marcharme, recibí mi madre la respuesta á la comunicacion que ella le habia dirigido; no era de su última carta el pasaje que os he citado, no; la *última* era aun mas insolente. Decia en ella que si á pesar de los talentos y las disposiciones que tanto se le habian ponderado, experimentaba tal repugnancia por el fastidio de la vida de estudiante y el trabajo que exigen las profesiones sábias, no era su intento imponerme una eleccion; pero que no queriendo que un jóven que pertenecia á su familia, aunque de lejos, y que llevaba el nombre de Houghton, se hiciese un limpia botas ó un ratero... ¡Vance! ¡Vance!

VANCE

Echad á un lado el orgullo, es la grosera tela que os raspa la epidermis, y continuad. Deciais que despues de tan poderosas consideraciones...

LIONEL

Ofrecia comprarme un grado en el ejército, ó proporcionarme un empleo en la India.

VANCE

¿Cuál de las dos cosas habeis escogido?

LIONEL

¿Cuál de los dos? ¡Ofrecidas de esa manera! ¿Cuál? Ni la una ni la otra. Pero desconfiando del tono de la respuesta que daría mi madre, cogí una pluma y escribí yo mismo á ese hombre sin entrañas. No le enseñé la carta á mi madre, ni le hablé una palabra sobre el particular: le escribí en breves términos, que si él no queria mi reconocimiento, yo no queria sus beneficios; que podría ser un limpia botas, ¡ladron, jamás! que no debia temer que deshonrase á su familia ni el nombre que llevo; y por último, que no tendria un momento de reposo hasta no reembolsarle, tarde ó temprano, de todo lo que le habia costado, librándome del peso de una obligacion que no que... que...

El jóven se detuvo, y ocultando su rostro entre sus manos, empezó á sollozar.

Vance, aunque fuertemente conmovido, procuró esforzarse por reconvenir á su amigo; pero viendo que sus reflexiones no producian ningun efecto, se levantó, pasó fraternalmente su brazo por encima de los hombros de su amigo, y le arrastró hácia la orilla del rio por una pendiente suave.

— Consolaos, le dijo entonces con un tono casi solemne, porque aquel era el verdadero genio del hombre que descubria en aquel momento los arcanos de su carácter y hablaba por su voz; consolaos y mirad en torno vuestro. Ved allí, donde la punta de ese islote rompe la corriente, cómo el rio sigue sosegadamente su marcha. Ved, en el mismo sitio donde estamos, esos guijarros sobre los cuales viene á espirar la ola: si no hubiera sido la ola detenida por este obstáculo, ¿produciria ese murmullo armonioso? Algunas millas mas allá atraviesa este rio un puente, sobre el cual se apiña una multitud de gentes preocupadas por sus negocios; al lado de ese puente se eleva un palacio, donde se sientan los hombres que presiden á los destinos de la Inglaterra; detrás de ese palacio se elevan las torres de la antigua abadía donde los reyes tienen sus tumbas en virtud del nombre que les han trasmitido sus predecesores; otros hombres, tan humildes como nosotros han encontrado allí tambien una tumba en virtud del nombre que ha conquistado. Suponed ahora que vos estais de pie sobre ese puente, animado á la vez de las altas aspiraciones de la juventud y del noble valor de la edad madura, y dirigid despues vuestras miradas á este rio, cuyas aguas siempre tranquilas, iluminadas por el resplandor de las estrellas, continúan corriendo hácia el puente, á pesar del islote y de los guijarros.

Lionel no dejó oír su respuesta, aunque sus labios murmuraron algunos sonidos; pero abrazó mas estrechamente á su amigo, y las lágrimas cuyo rocío brillaba aun en sus ojos estaban ya secas sobre sus megillas.

V

Vance desató una barca, saltó dentro de ella y asió los remos. Lionel le siguió y se sentó enfrente. El artista remaba lentamente, acompañando con un silbido melodioso el ruido cadencioso de los remos. En breve llegaron ante una hermosa pradera que podria servir de mansion de recreo para las hadas y la cual rodeaba una de esas casas de campo que solo se encuentran en Inglaterra. Algunas luces fijas brillaban en las ventanas del pueblo; grandes sauces dejaban caer sus ramas inmóviles hasta la superficie del agua: la barca se deslizaba suavemente á través de aquel follaje, y se detuvo en una pequeña ensenada.

— ¡Pardiez! dijo alegremente el artista encendiendo su tercer cigarro, volviendo al *feroz baron* y á la *hija del bandido*, ¡qué cuento nos ha encajado ese remendón! Sin duda nos ha tomado por dos inocentes.

LIONEL, reanimándose

De mí sé decir, que no encuentro nada de maravilloso en esa historia, sino mucho de tristes realidades. Vos convendreis en que Waife ha podido ser un buen actor; únicamente su actitud y su salud han bastado para conmoveros. Parece, pues, bastante natural que se le haya ajustado para trabajar en un teatro de Londres, y no es del todo improbable que en el camino de hierro haya experimentado el accidente que le ha privado para siempre de los ajustes ventajosos que podian proponerle; tambien es natural que en ese extremo haya procurado sacar partido de las disposiciones de su nieta; por último, es natural que habiendo sido tratado con dureza y herido en su amor propio, desee romper su cadena.

VANCE

Y lo mas natural de todo es que experimente el deseo de hacer que le demos las tres libras esterlinas. Lo que no me parece probable es que él haya dispuesto de esa prodigiosa joyita en favor de un vagamundo como ese Ruge; la niña trabajaba admirablemente. Cualquiera director que la viera, tendria empeño en contratarla. Hé aquí lo que yo no me explico.

LIONEL

Verdaderamente es una niña extraordinaria. Yo no puedo decir hasta qué punto me ha interesado.

Y al decir esto sacó su bolsa y empezó á contar el dinero.

— Me quedan cerca de tres libras, exclamó alegremente, dos libras y diez y ocho chelines. ¿Si yo renunciara á la idea de prolongar mi excursion con vos, volviéndome tranquilamente á casa?

VANCE

¿Sin pagar vuestra parte de esta cuenta?

LIONEL

¡Ah! no me acordaba de eso. Pero no soy tan exce-



sivamente orgulloso que pueda tener reparo en contraer con vos una deuda, y más cuando no llevo en ello una mira egoísta.

VANCE

¡Contraer conmigo una deuda, Caton! Hé aquí los efectos del encuentro de los bandidos y de sus hijos. Seamos sensatos, el que no oye más que una campana, dice el proverbio, no oye más que un sonido. Yo iré mañana á ver á Rugge y veré lo que me dice. Si la versión del remendon nos parece entonces digna de crédito, iremos por la noche á hablar á sus huéspedes; aunque mucho me temo, añadió dando un suspiro, pero con semblante de bondad, mucho me temo que paguen la visita mis tres libras esterlinas. Aunque aquella cabeza las vale. Me hace falta para una Titania.

LIONEL, con alegría

Mi querido Vance, sois el mejor muchacho del mundo.

VANCE

Lo que no es muy lisonjero para la especie humana. Coged los remos, ahora os toca á vos.

Lionel obedeció. El ligero esquife salió de entre los juncos que rodeaban como un cinto el verde islote, y volvió á balancearse otra vez sobre las olas á la pálida luz de la luna. Los dos amigos solo hablaron ya á intervalos sin empeñar una conversacion seguida. ¿De qué? de mil cosas. ¡Jóvenes corazones llenos de ardor, jóvenes corazones llenos de elocuencia! Nada podía reconvenirles por lo pasado, la esperanza brillaba para ellos á través del velo del porvenir. ¡Oh! ¡Noches de verano sobre las aguas en que se reflejan las estrellas! ¡Oh, juventud, juventud!

VI

Eran las nueve de la noche del día siguiente. Las representaciones de M. Rugge habian terminado por aquella temporada en el lugar: la última habia empe-

zado y concluido un poco más temprano que las noches precedentes. El teatro debía quedar desarmado, al rayar el día, y toda la compañía debía emprender el viaje muy temprano. Se aproximaba otra feria en un condado vecino, y para llegar allá habia que recorrer bastante distancia.

*Gentleman Waife* y su nieta, Julieta Araminta, se habian retirado á su alojamiento, situado encima de la tienda del remendon. Las piezas bastante sencillas por otra parte, tenían algo no solo de cómodas sino de pintorescas. La sala era de un estilo muy antiguo, revestida de un artesonado de madera que en otros tiempos habia sido azul, con una chimenea de forma extraña que llegaba hasta el techo. Aquella parte de la casa recordaba la época de Carlos I. Tal vez habia sido ocupada por algun fanático cabeza redonda; porque aun se veía en un cuadro encima de la puerta, el retrato medio borrado de un hombre de rígidas facciones y torbo ceño, con largos cabellos lisos, una almidonada valona, un labio superior, indicando indomable terquedad de carácter y que hubiera podido crisparse en un movimiento de sombría alegría á la vista del cadalso del monarca, ó pronunciar un interminable sermón al vi-



JUEGOS NACIONALES DE LA SUIZA. — La lucha.

goroso protector. Sobre una mesa, colocada en el profundo alfeizar de la ventana, estaban formados en fila algunos volúmenes de grave aspecto: entre ellos se veía la *Astrología* de Colley, las *Resoluciones* de Owen Feltham, *Glaucille sobre los hechiceros*, el *Viaje del peregrino*, una de las primeras ediciones del *Paraiso perdido* y una antigua *Biblia*; además dos macetas de un rojo brillante con adelfes, dos tapetes de lana, encima del uno descansaba una nuez de coco tallada, y sobre el otro una bola de cristal ovalada, el orgullo y la alegría del visionario zapatero. Una puerta que se dejaba abierta comunicaba con una pieza interior muy baja donde dormía el bandido cuando el rigor de sus persiguidores le permitía dormir. En un ángulo de la sala cerca de aquella puerta, un canapé de crin trasformándose en cama con la ayuda de sábanas y de un cobertor bordado servía para la hija del bandido. Allí se revelaba el buen corazón del zapatero; el honrado artesano habia esparcido sobre el cobertor ramas de espliego y hojas de verbená; estas últimas para proporcionar dichos sueños y ahuyentar las espíritus maléficis.

La niña se ocupaba en preparar el servicio de té para su abuelo en otra mesa próxima á la chimenea. Habia dejado en el guarda-ropa del teatro su traje de lentejuelas y oropeles, y llevaba un sencillo vestido de niña. Ya

no tenía el aspecto de la hada Titania, sino el de una niña hacendosa, activa y nada amable; habia en ella de teatral, y sin embargo, en sus movimientos graciosos, en sus manecitas blancas y delicadas, en la frescura trasparente de su tez, se reconocia una noble criatura, ese no sé qué, que nos parece lleva el sello del nacimiento y de la distinción, aunque nos engañe algunas veces, porque las apariencias aristocráticas, sobre todo en las niñas, suelen ser engañosas.

(Se continuará.)

### Juegos nacionales de Suiza.

Muchas fiestas de Suiza figuran ya en las columnas ilustradas del *Correo de Ultramar*; son como si dijéramos los puntos sobresalientes en su existencia, pues en medio de las conflagraciones, que, por intermitencias, agitan á la Europa, y cuyas borrascas mueren en su apacible frontera, la Suiza conserva una quietud, objeto de envidia para los países circunvecinos.

Las fiestas de los luchadores son particulares de los

habitantes del Oberland bernés, de los cantones primitivos y de los Glaris y de Appenzell. Los padres debieron su independencia á su destreza y fuerza, y los hijos vienen á ejercitarse todos los domingos en torneos populares, cuyo aspecto no deja de tener sus atractivos.

Un jurado, compuesto de luchadores retirados ya, se encarga de llevar cuenta de los puntos.

Los ejercicios tienen efecto al aire libre, como se ve en nuestro dibujo.

Los luchadores, vestidos solo con un calzon de tela cruda y la camisa, se enlazan y se estrechan con esas torsiones de miembros que seducen á los escultores; los huesos crujen, las caras se inyectan de sangre, los piés se clavan en el suelo, hasta que un esfuerzo ó un golpe de destreza derriba á uno de los luchadores, con gran aplauso de los espectadores, hombres y mujeres, pues las mujeres asisten muy gustosas á esas fiestas; la fuerza física, que tanto apreciaban los griegos, tiene aquí un gran prestigio, y el que vence en muchas luchas rara vez encuentra corazones insensibles.

Los premios consisten en carneros, terneras, y utensilios rústicos, como cubos para ordeñar las vacas, etc. A veces son también hermosas copas de plata.

A. B.